



Cuadernos de Geografía - Revista Colombiana
de Geografía

ISSN: 0121-215X

rcgeogra_fchbog@unal.edu.co

Universidad Nacional de Colombia
Colombia

Peña Reyes, Luis Berneth

Reflexiones sobre las concepciones de conflicto en la geografía humana

Cuadernos de Geografía - Revista Colombiana de Geografía, núm. 17, 2008, pp. 89-115

Universidad Nacional de Colombia

Bogotá, Colombia

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=281821942007>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

Reflexiones sobre las concepciones de conflicto en la geografía humana

Reflexões sobre os conceitos de conflito em geografia humana

Reflections on the Conceptions of Conflict in Human Geography

Luis Berneth Peña Reyes*

Universidad Externado de Colombia

Resumen

El artículo presenta unas notas sobre el análisis de conflictos en la geografía humana en la perspectiva de la constitución de una *geografía de los conflictos*. El texto está dividido en dos partes. En la primera, se define el conflicto desde la geografía política. En la segunda, se muestra cómo en cada uno de los dominios de la geografía humana se entiende y se tratan los conflictos empleando la *matriz geográfica* o *matriz de la espacialidad*, donde se tratan tres grandes dominios, a saber: el dominio de la relaciones sociedad-naturaleza; el dominio de las relaciones entre la espacialidad y la sociedad, y el dominio de la relaciones de los sujetos con los lugares. El texto termina con una breve referencia al significado de una *geografía de los conflictos*.

Palabras clave: geografía de los conflictos, matriz geográfica, espacialidad, conflicto, geografía humana.

Resumo

O artigo apresenta algumas notas sobre a análise de conflitos em geografia humana no contexto da criação de uma *geografia de conflito*. O texto está dividido em duas partes. A primeira fase define o conflito desde a *geografia política*. A segunda parte mostra como cada um dos domínios da *geografia humana* é entendida e tratada utilizando a *matriz geográfica* ou *matriz da espacialidade* que abrange três grandes domínios: o domínio das *relações sociedade-natureza*; o domínio das *relações entre a espacialidade e a sociedade*, e o domínio das *relações dos sujeitos com os lugares*. O texto termina com uma breve referência ao significado de uma *geografia de conflito*.

Palavras-chave: *geografia do conflito*, *matriz geográfica*, *espacialidade*, *conflito*, *geografia humana*.

Abstract

This paper presents some notes about the analysis of conflicts in human geography, from the approach of the constitution of a *geography of conflicts*. The text is divided into two parts. In the first, conflict is defined from the political geography approach. In the second part, we show how the conflict is understood and treated in each sphere of human geography, by using that we call the *geographical matrix* or *matrix of spaciality*. Such a matrix covers three main domains, namely: the *society-nature relations domain*, the *spatial and society relations domain*, and the *subjects-places relations domain*. The text concludes with a brief reference to the meaning of a *geography of conflicts*.

Keywords: *geography of conflicts*, *geographical matrix*, *spaciality*, *conflict*, *human geography*.

RECIBIDO: 3 DE SEPTIEMBRE DEL 2008. ACEPTADO: 20 DE OCTUBRE DEL 2008.

Artículo de revisión que sintetiza las reflexiones desarrolladas en el grupo de investigación Conflicto y Dinámica Social, perteneciente al Centro de Investigaciones sobre Dinámica Social (CIDS) de la Universidad Externado de Colombia.

* Dirección postal: calle 12 1-17 Este, Casa de Trabajo Social. Bogotá D. C., Colombia.
Correo electrónico: lberneth@yahoo.com

Introducción

Aunque en la teoría social existe desde hace décadas un debate en torno al significado del conflicto (que ha servido para dividir, por ejemplo, a la sociología entre teorías del conflicto y teorías funcionalistas), en geografía han estado menos presentes las discusiones en torno a su significado, salvo en el campo de la geografía política y la geopolítica. En estas dos últimas, por lo menos desde los enfoques más tradicionales, se trata esencialmente de la relación entre la definición de la topología de los Estados territoriales (su jurisdicción, sus niveles, sus fronteras, etc.) y las fuerzas políticas provenientes de las relaciones internacionales, las corporaciones y los movimientos sociales. No obstante, los temas por los que se interesa la geografía humana, que son aquellos relativos a la producción social del espacio y de las configuraciones territoriales, están plagados de conflictos. Podríamos decir más categóricamente que no existe un orden espacial que no sea fruto del conflicto o dinamizado por este. Se colige, entonces, que los términos por precisar son: el de conflicto, por un lado, y el de espacialidad, por el otro. Dos breves referencias a cada una de estas categorías servirán como punto de partida para desarrollar esta exposición.

En primer lugar, cuando nos referimos al *conflicto* pensamos en la no concordancia entre un deber ser y el ser, es decir, lo efectivo, lo concreto, lo existente. Dicho de otra forma, el conflicto sería la distancia entre lo que se considera como la situación ideal respecto a la situación existente y real. Así, el conflicto siempre es sinónimo de antagonismo, problema, desajuste, choque, enfrentamiento, oposición entre actores y/o entre estructuras o instancias. La no coincidencia entre los intereses de un grupo de personas con los de otro genera conflictos y choques cuya resolución se negocia constantemente ya sea de manera pacífica o violenta. De igual forma, hablamos de conflicto cuando, por ejemplo, no existe concordancia entre los objetivos o resultados desprendidos del funcionamiento de una instancia o estructura con los que se derivan de otra instancia. Pensemos en los múltiples conflictos que surgen de la realización de los objetivos de la estructura económica en las sociedades capitalistas o, más precisamente, de la realización del objetivo de obtención creciente de ganancias con la realización de principios de equidad, del bienestar social o desarrollo sustentable.

En todos los casos, la definición del significado de *conflicto*, de su profundidad y de la fuente de este, tiene

que ver con las posturas filosóficas, más concretamente con la filosofía moral y ética, de referencia. Por esto, la definición de lo que es un conflicto es tan variable y siempre resulta del sistema de fines o valores, o de los principios morales y éticos respecto a la praxis, de las acciones sociales, de la relación del hombre con el ambiente. Nuestro punto de partida es que en cada uno de los dominios de la geografía humana se van a encontrar diferentes conflictos en la medida en que las posturas que encarna cada uno de ellos implican considerar ciertas y determinadas condiciones como conflictivas, como desajustes con respecto a un sistema de fines o valores ideales atribuidos a la sociedad, a la naturaleza o al individuo.

Por otro lado, cuando hablamos de *espacialidad* o *espacio social* nos referimos a una realidad creada socialmente que posee varias esferas interdependientes. Por un lado, una dimensión física, tangible, concreta, perceptible y medible en términos de tamaños, formas, volúmenes, etc. Esta dimensión física es la del ambiente creado (piénsese en una ciudad que puede describirse en términos de tamaño, densidades, tipos de uso del suelo, etc.) que sirve de soporte y medio de las relaciones sociales. Pero al mismo tiempo, el espacio tiene otra instancia, otra dimensión que hace parte del ámbito de los discursos y los signos. Es una dimensión que, solo en primera instancia, se puede entender como inmaterial. Esta otra dimensión de la espacialidad es la de las concepciones sobre el espacio. Una ciudad no es solamente una construcción física y mensurable, hay también concepciones y representaciones sobre ella. Por *concepciones* entendemos los discursos sobre el espacio elaborados en el seno de, por ejemplo, la planeación o la academia. Por *representaciones*, en oposición, nos referimos a la manera como las personas o las comunidades experimentan cotidianamente el espacio. No se trata de un discurso “organizado”, sino de las sensaciones, emociones, impresiones desprendidas del “estar ahí”, de “habitar el mundo”.

Edward Soja (1989) muestra la imposibilidad de referirnos a la espacialidad por fuera de la perspectiva de los conflictos. A continuación presentamos algunos de aquellos principios que consideramos esenciales para la discusión posterior.

1. La espacialidad es un producto social sustanciado y reconocible; es parte de una “segunda naturaleza” que es incorporada a medida que tanto el espacio físico como el psicológico son socializados y transformados.

2. Como producto social, la espacialidad es simultáneamente el medio y el resultado, la posibilidad y la materialización, de las acciones y de las relaciones sociales.
3. La estructuración espacio-temporal de la vida social define el modo como las acciones y las relaciones sociales (inclusive las relaciones de clase) son materialmente construidas, hechas concretas.
4. El proceso de constitución/concretización es problemático, pletórico de contradicciones y luchas (muchas de las cuales son recurrentes y rutinarias).
5. Las contradicciones se originan primordialmente de la dualidad del espacio como resultado/materialización/producto y como medio/posibilidad/productor de la actividad social.
6. La espacialidad concreta —la geografía humana efectiva— es, de este modo, arena para las luchas por la producción y reproducción de prácticas sociales dirigidas, ya sea al mantenimiento y reforzamiento de la espacialidad existente, ya a una significativa reestructuración y/o transformación radical de esta.

Establecidos estos puntos de partida podemos desarrollar los dos temas fundamentales a los que se dedica este artículo. En primera instancia, trataremos sobre el concepto de conflicto territorial a la luz de la geografía política. Posteriormente, desarrollaremos la perspectiva y mostraremos cómo en cada uno de los dominios de la geografía humana se entiende y se tratan los conflictos.

¿Qué es un conflicto territorial? Argumentos desde la geografía política

La primera imagen que puede venir a la mente sobre lo que significa un conflicto territorial puede ser la de los enfrentamientos entre Estados territoriales por establecer la posesión sobre un área determinada. Esta imagen nos viene principalmente de la fuerte presencia que ha tenido la geopolítica, un campo diverso en sí mismo, en las ciencias sociales y cuyo interés se ha concentrado en comprender el orden internacional. Sin embargo, hay que decir que los conflictos territoriales tienen múltiples escalas y no se agotan en las relaciones internacionales. Estos son propios de la estructuración del espacio social a escalas que van desde lo personal hasta lo global. Los conflictos territoriales están presentes en muchas dinámicas sociales porque la estructuración del espacio es un proceso atravesado

por las relaciones de poder y, por consiguiente, nunca acabado. Para definir el contenido de los conflictos territoriales hay que acercarse a los términos y dinámicas más estrechamente vinculados a su composición. Los términos centrales son los de territorio y territorialidad, de los cuales se desprenden otros como territorialización y desterritorialización. Cuando nos referimos al *territorio* de una forma no metafórica, sino teórica, nos referimos a un espacio social limitado, ocupado y utilizado como consecuencia de la puesta en práctica de su *territorialidad* (Sack 1986). Esto significa que el núcleo de la comprensión de los conflictos territoriales debe hacerse buscando los elementos que componen la territorialidad humana (figura 1). Según Robert Sack, la territorialidad se pone en práctica a través de: 1) la aceptación general de la clasificación del espacio (por ejemplo, *lo nuestro* en contra de *lo de ustedes*); 2) la comunicación del *sentido de lugar*, es decir, los discursos espaciales cuyo objetivo fundamental es crear un sentido de apropiación subjetiva del espacio (*attachement*) que refuerce las ideas de borde, marca y frontera, y 3) el refuerzo del control sobre el espacio mediante la vigilancia y el mantenimiento del orden. La combinación de consentimiento y coacción en las estrategias de territorialidad se conoce normalmente como hegemonía (Sack 1986).

Debido a que los sujetos y organizaciones políticas, económicas y sociales se encuentran en una trama de relaciones de poder que hace que su hegemonía nunca sea estable ni total, es lógico pensar que el establecimiento de la territorialidad de unos tenga como contraparte la desestructuración de un orden espacial. En otras palabras, que la territorialización de algo representa la desterritorialización de otro algo (sea proceso, agente, institución, etc.).

Desde esta perspectiva un conflicto territorial estaría constituido por las contradicciones que surgen del continuo proceso de territorialización y desterritorialización que encarnan las diversas actividades sociales. Implicaría estudiar, desde la perspectiva de las tres estrategias que definen la territorialidad humana, cuáles son los juegos de poder que se establecen para la configuración de un territorio, de un espacio limitado.

Dominios de la espacialidad y conflictos

En el apartado anterior destacamos el conflicto como una expresión entre territorialización y desterritorialización de actores o dinámicas. Esta es una perspec-

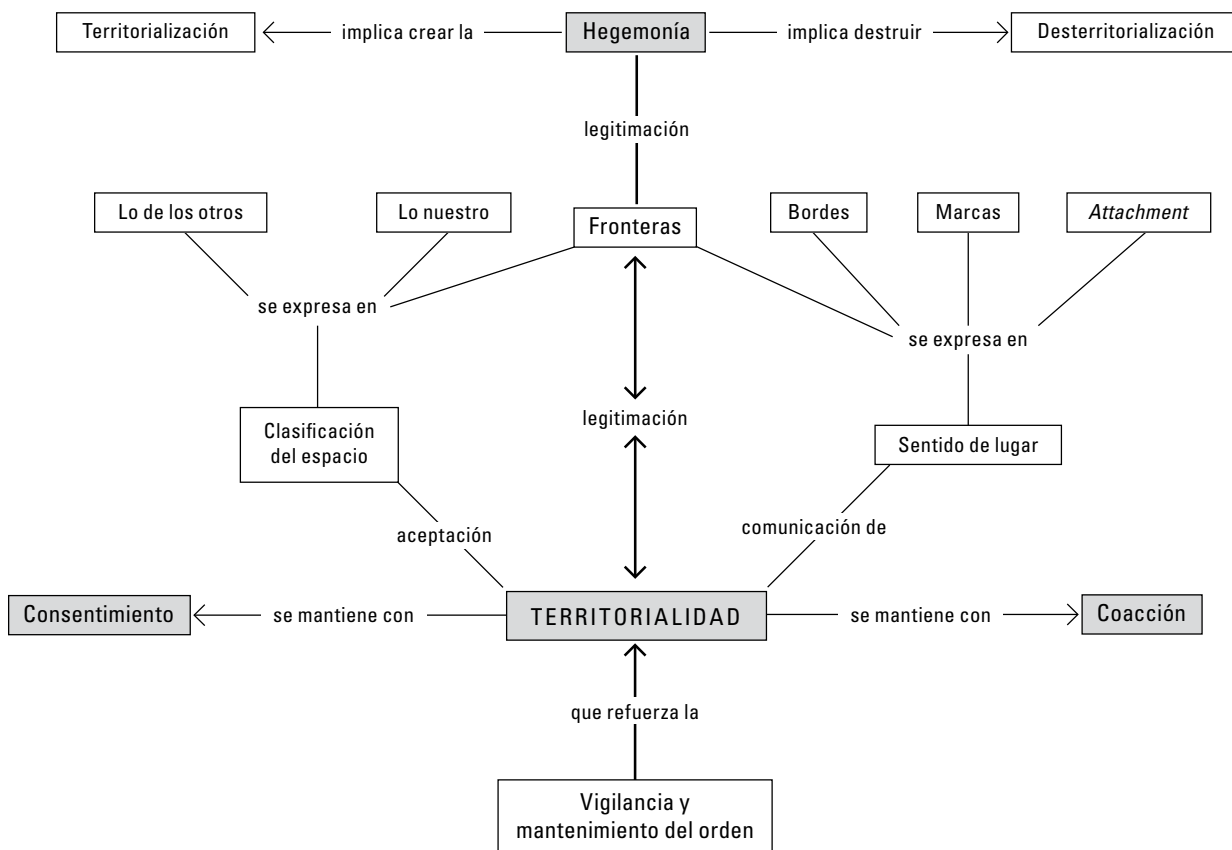


Figura 1. La composición de la territorialidad humana.

Fuente: elaboración propia a partir de Sack (1986).

tiva tomada, especialmente, de la geografía política. En este apartado extendemos la noción de conflicto al rango más amplio de posturas de la geografía humana, tomando como referencia para su exposición la *matriz geográfica* o *matriz de espacialidad* (figura 2). Dicha matriz geográfica o de espacialidad es una herramienta que utilizamos para resumir las diversas maneras de leer la espacialidad de los fenómenos sociales, y muestra los dominios principales para emprender el tratamiento de los conflictos en geografía humana. Está compuesta por tres grandes dominios:

1. En el *dominio de las relaciones sociedad-naturaleza* o *sociedad-medioambiente*, donde encontramos desde perspectivas deterministas hasta constructivistas, se aborda la pregunta sobre cuál es el papel que desempeña ese mundo comúnmente concebido como externo —la naturaleza— en las dinámicas sociales, en la organización espacial del mundo social.
2. El *dominio de las relaciones entre la sociedad y el espacio*, donde encontramos dos grandes y contrapues-

tas visiones sobre lo que significa no solo el espacio, sino también los objetivos de la investigación en este dominio. En efecto, dentro de este conjunto de relaciones encontramos, por un lado, las escuelas neopositivistas en geografía cuyo interés fundamental es explicar las configuraciones espaciales acudiendo a modelos y leyes locacionales en el que el espacio es reducido a la distancia, y la sociedad a un efecto de agrupación de individuos que tienen una racionalidad económica. Por otro lado, en este dominio se encuentran el conjunto de teorías más estrechamente asociadas a las geografías críticas, donde se explora la relación dialéctica entre las configuraciones espaciales y las relaciones sociales de producción.

3. En el *dominio de las relaciones entre sujetos, prácticas y lugares* se interpretan las configuraciones espaciales desde la escala de la agencia, las experiencias y las prácticas cotidianas de las personas entendidas como sujetos pertenecientes a un género, a un grupo étnico, a una comunidad, etc.

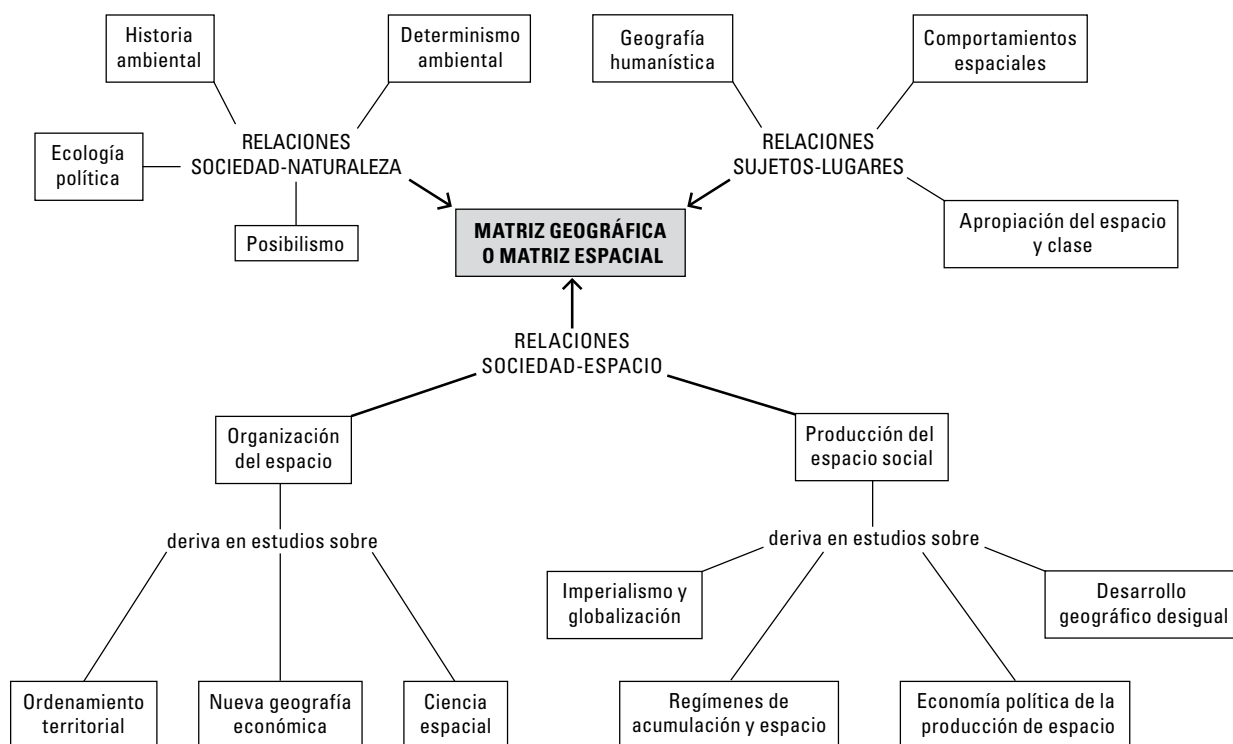


Figura 2. La matriz geográfica o de espacialidad.
Fuente: elaboración propia.

En cada dominio hay una historia sobre la manera en la que los geógrafos han conceptualizado las relaciones que los constituyen a cada uno de ellos. En términos del abordaje de los conflictos, esto significa que se encontrarán diversas opciones teóricas y metodológicas para emprender la explicación o la interpretación de éstos. A continuación, los exponemos más detalladamente, haciendo especial énfasis en el tipo de conflictos que se pueden estudiar en cada dominio y tomando solo unos referentes dentro de cada dominio.

Dominio de las relaciones sociedad-naturaleza

Las preguntas sobre la relación sociedad-naturaleza han estado presentes en las tradiciones filosóficas, políticas, médicas, religiosas, entre otras, y han sido la fuente de muchas de las interpretaciones sobre el significado de los conflictos. Clarence Glacken, que explora de manera brillante las ideas en torno a la relación sociedad-naturaleza desde el mundo antiguo hasta el siglo XVIII, encuentra que han existido tres preguntas sobre dicha relación en el pensamiento occidental: a) las

que se interrogan sobre la existencia o no de un orden o un propósito en la naturaleza, en su funcionamiento; b) las preguntas sobre cómo la naturaleza determina los rasgos humanos (la creatividad, la salud, el progreso técnico, etc.) y c) las relativas al papel del hombre como agente modificador y constructor de una segunda naturaleza (Glacken 1967). Su revisión, desafortunadamente, se detiene antes de la institucionalización de las ciencias sociales y de las ideas que se desarrollaron en el marco de la geografía académica. Sin embargo, en la geografía moderna (la que se institucionaliza a partir del siglo XIX con la creación de sociedades geográficas, departamentos de geografía, etc.) estas preguntas siguieron formulándose y respondiéndose a veces de manera novedosa, otras veces de manera tradicional. Esto ha derivado en una diversidad de enfoques teóricos y escuelas de pensamiento que no es posible tratar aquí en su totalidad. En lo que sigue nos remitiremos a tres tipos de tradiciones y a la manera como en ellas se interpretan los conflictos. Estas tradiciones son: las del determinismo ambiental y la idea del conflicto como falta de desarrollo o de no progreso; las de la geografía sistémica y la idea de *conflicto ambiental*, y la de la eco-

logía política y la perspectiva de los conflictos ambientales derivados de la marginalidad, la sobre explotación y el colonialismo.

Determinismo ambiental y la idea del conflicto como falta de desarrollo o de no progreso

Probablemente la escuela más notoria perteneciente a este dominio de las relaciones sociedad-naturaleza haya sido la del determinismo ambiental, que es importante reseñar debido a que expresa una forma de pensamiento incrustada en la mentalidad occidental —como queda claro en la obra de Glacken— y que, a pesar de las múltiples críticas de las que ha sido objeto, pervive en mucho del pensamiento político y social. Por supuesto, esta es utilizada para interpretar de una manera particular los conflictos. En términos generales, el determinismo ambiental es una perspectiva de pensamiento que pretende explicar las diferencias entre las sociedades, las actitudes y los comportamientos individuales como producto de las condiciones físicas (clima, suelo, vientos, formas de los continentes, etc.) en las que se encuentra una persona o un grupo humano.

Las ideas de Freidrich Ratzel, Karl Ritter, Harold Mackinder, Ellen Semple son las precursoras en la geografía moderna de los argumentos deterministas. Ellen Semple (1863-1932), por ejemplo, empieza su *Influences of Geographic Environment on the Basis of Ratzel's System of Anthro-Geo-graphy* con la afirmación de que el hombre es producto de la superficie terrestre; habla de la existencia de un hombre de montaña, de la costa, de las planicies, y señala que poseen características psicológicas y físicas propias. Estos rasgos distintivos surgen y se pueden reconocer gracias a la configuración de un determinado ambiente que le impone al hombre una organización económica, social y mental (Semple 1911).

El hombre es un producto de la superficie de la tierra [...] Ella ha entrado en sus huesos y sus tejidos, en su mente y su alma. En las montañas ella le ha dado piernas de hierro a este para subir la cuesta [...]. En los valles cerca a los ríos ella ha atado al hombre a la tierra fértil y ha circunscrito sus ideas y sus ambiciones por medio de una aburrida calma y exigentes deberes que reducen la perspectiva del hombre de valle a los estrechos horizontes de su granja. En las mesetas desérticas, donde apenas hay pastizales y se observan cursos secos de antiguos ríos, donde se tienen que recorrer grandes extensiones para alimentar a los rebaños, donde la vida es mucho más difícil, pero escapa a la monotonía, donde la observación de

el pastoreo del rebaño le da al ocio un carácter de contemplación, la religión deviene monoteísta, Dios se convierte en uno, sin igual como la arena del desierto y la hierba de la estepa, que se extiende sin cambiar” (Semple 1911, 253).

Otros argumentos deterministas fueron sostenidos por Ellsworth Huntington, quien, luego de superponer un mapa de los patrones climáticos sobre un mapa de las diferentes civilizaciones, llega a la conclusión, en su *Civilization and Climate*, de que las civilizaciones más “avanzadas”, es decir, la europea y la norteamericana, pudieron tener un nivel de desarrollo más elevado debido a que su clima favorecía la buena actitud hacia el trabajo (Huntington 1915). Los argumentos de Huntington resultaron ser abiertamente racistas y reproducían el mito según el cual el mundo europeo tiene una singular ventaja (racial, ambiental, cultural) con respecto al mundo no europeo¹. Él argumentaba que los grupos nativos del trópico eran lentos tanto para la acción como para pensar e incluso llegó a sostener que la baja productividad agrícola en el sur de los Estados Unidos estaba relacionado con la alta proporción de “raza negra” que trabajaba en estas regiones (Cloke *et al.* 1991).

Difícilmente podemos argumentar que la larga crítica al determinismo haya desembocado en su desaparición. Ni el posibilismo, ni la ecología política han podido erradicar las posturas deterministas ni las ideas de conflicto enraizadas en esta tradición de pensamiento. En la teoría médica, en la ciencia política occidental, en la antropología, en la geografía, etc, las ideas deterministas han sido parte de un discurso de clasificación y de encuadramiento del otro, en el sentido de que de su uso se desprenden nociones políticamente problemáticas, como las de culturas desarrolladas y subdesarrolladas, sociedades premodernas y modernas, culturas con historia y culturas sin historia, personas degeneradas y personas refinadas, etc. Estas nociones están claramente incrustadas en los proyectos coloniales (Blaut 1993; Glacken 1967; Livingstone 1992). Por esto, el determinismo ambiental ocupa un lugar privilegiado en la formación del pensamiento moderno-colonial, pues los rasgos constitutivos tanto del uno como del otro son coincidentes. El determinismo y las posturas moderno-coloniales apoyan la idea de estadios de desarrollo o niveles diferenciados y jerárquicos entre las culturas. En la cúspide de dicha jerarquización están Europa

1 Para ver una excelente crítica del mito de la superioridad europea recomendamos el libro de James Blaut (1993).

y Norteamérica, que a través de un conjunto complejo de mecanismos imponen sus valores como el deber ser para el resto de culturas (Escobar 1998, 1999).

Eso significa que el conflicto, bajo la perspectiva del determinismo ambiental, es visto como una carencia de desarrollo, y esta condición se explica como uno de los efectos perjudiciales del ambiente sobre los hombres. Desde esta perspectiva se piensa que los ambientes producen “salvajes”, unos menos malos que otros, pero de cualquier forma salvajes, que necesitan algún tipo de ayuda para ser liberados de ese estado. Los salvajes son siempre vistos como esclavos de algo, incluida la naturaleza (Escobar 1999; Blaut 1993). Adicionalmente, el determinismo, que usa como grilla clasificatoria las nociones de desarrollo o subdesarrollo, barbarie y civilización, etc., interpreta el conflicto como un desajuste en la adaptación. La falta de desarrollo se entiende no solo como un efecto negativo del ambiente sobre los seres humanos sino, al mismo tiempo, como la incapacidad de una raza para adaptarse a su cuadro ambiental. El determinismo es etnocentrista y racista en dos sentidos. Por un lado, considera que ciertos ambientes producen desventajas y/o ventajas para los grupos que los habitan y, por el otro, que ciertas razas no son aptas para manejar o dominar el ambiente con el fin de producir una civilización más desarrollada.

La geografía sistémica y la idea de conflicto ambiental

Existe en el campo de la geografía un enfoque que estudia las relaciones entre sociedad y naturaleza en términos de sistemas interdependientes. Es conocida como geografía sistémica y su origen está estrechamente ligado con la planeación y el ordenamiento territorial en Rusia, Francia, Alemania y Estados Unidos. Epistemológicamente esta es una geografía soportada en la teoría general de sistemas de Bertalanffy, cuyas prácticas se concretan en la protección ambiental, en la preservación de un pretendido equilibrio de la naturaleza alterado por los hombres. En esta perspectiva el hombre es considerado como un elemento homogéneo (sin diferencias de clase o culturales) cuya acción produce el subsistema económico. La geografía sistémica trata la totalidad como un conjunto de estos subsistemas que forman un *geosistema*, concepto utilizado por primera vez por el geógrafo soviético Sochava en 1953 y que se puede entender como un modelo conceptual que sirve para captar la estructura y el funcionamiento del paisaje. El geosistema está compuesto por tres

subsistemas: 1) el subsistema biótico; 2) el subsistema abiótico y 3) el subsistema socioeconómico. Adicionalmente, como en cualquier otro sistema, existen unas interconexiones y unas entradas de materia y energía al sistema (Bolos 1975).

Entre los subsistemas se forman interfases, de las cuales las más importantes son el suelo, el subsistema abiótico y biótico, el agrosistema entre los dos subsistemas anteriores y el socioeconómico. El mecanismo de la evolución del geosistema responde a la entrada de una determinada energía cuyas características intrínsecas, por un lado, y sus efectos sobre el complicado mecanismo que pone en marcha, por el otro, contribuyen a definir y caracterizar el geosistema (Bolos 1975).

La tendencia de los geosistemas es a la estabilidad o, por lo menos, a establecer un equilibrio dinámico que depende de la manera como los flujos de energía y materia fluyan entre los subsistemas. En ese sentido, el conflicto sería una situación en la que el geosistema se degrada, en últimas, una situación de degradación de la naturaleza. Dicha degradación se concibe como fruto de un desajuste temporal, entendido como el que existe entre los ritmos de la naturaleza y los ritmos de la sociedad. Más explícitamente, esto significa que el ritmo de la producción y extracción humana de materia de la naturaleza no coincide con los tiempos de resiliencia de esta última. Puesto de otra forma, esto significa que el conflicto se expresa como la alteración en el funcionamiento de los mecanismos de reparación y renovación de la materia y de la energía del subsistema físico-biótico, como consecuencia de las actividades humanas. Lo que se puede deducir de los argumentos de la geografía sistémica frente al conflicto, es que el problema no son las relaciones sociales de producción específicas, sino la existencia misma de la especie humana, que no usa racionalmente la naturaleza a causa de su desconocimiento. Lo importante por destacar es que la geografía sistémica habla del conflicto desde la perspectiva fisicalista, no se interesa por ver las mediaciones entre la sociedad y la naturaleza como producto de la manera en la que se organiza el trabajo y las relaciones sociales de producción. Eso significa que para la geografía sistémica no existe el capitalismo, pues no se interesa por comprender cómo funciona este, ni se pregunta por los efectos del ciclo sistémico del capitalismo en la producción de la naturaleza. Esta será la perspectiva de la ecología política.

En consecuencia, la geografía sistémica considera que la manera en la que se resuelven los conflictos am-

bientales (expresados en degradación y riesgos naturales) es a través de la planeación racional de la ocupación y uso del suelo. La resolución del conflicto, entonces, es una cuestión de ingeniería en su sentido más amplio, es decir, se deriva de la utilización del ingenio técnico para producir un ajuste en el geosistema.

Una de las maneras más comunes de aplicación de esta perspectiva sistémica son los análisis de conflicto de uso del suelo. Dichos análisis consisten en contrastar, en términos generales, la vocación del suelo con sus usos actuales. La vocación es definida a partir de unos parámetros que toman en cuenta las características físico-bióticas del suelo, de modo que utilizando parámetros como los de profundidad, pendiente, humedad, etc., se definen unos usos posibles y recomendables para la no degradación de este. Los tipos de vocación son agrícola, agroforestal, ganadera, forestal y de conservación. Para cada una de estas existen unos usos recomendados (tabla 1). La diferencia entre el uso del suelo actual y los usos del suelo recomendados, según su vocación, se pondera en términos de intensidad del conflicto. Así, las zonas donde el uso recomendado y el uso actual son coincidentes se consideran como zonas de no conflicto. Esto de cierta forma hace una abstracción de factores que pueden ser conflictivos a nivel social, como la estructura de la propiedad de la tierra. Podría darse el caso de que a partir de esta tipología algunos conflictos sociales queden encubiertos por el efecto de coincidencia entre vocación y uso actual, aunque, dicho sea de paso, también podría convertirse en una herramienta para detectar conflictos sociales. En el caso colombiano, por ejemplo, la enorme presencia de los usos ganaderos expresa no solo un desafío ambiental, sino especialmente social.

Marginalidad, sobreexplotación de los recursos y colonialismo: los conflictos desde la ecología política

Junto con la geografía sistémica, la ecología política comparte la idea de que se debe “proteger y defender la naturaleza”. Sin embargo, la ecología política dirá que la finalidad es propiciar un orden social más justo. La diferencia profunda entre geografía sistémica y ecología política se deriva de la concepción de la naturaleza y, especialmente, de la manera como se establecen las mediaciones entre naturaleza y sociedad. Para la ecología política, nombrar los conflictos ambientales se desprende de la relaciones de producción: la solución a estos no se encuentra en medidas de tipo técnico, sino

Tabla 1. Tipología de vocaciones y usos del suelo recomendados.

Vocación	Uso recomendado
Agrícola	Cultivos transitorios intensivos
	Cultivos transitorios semiintensivos
	Cultivos permanentes y semipermanentes
	Cultivos permanentes y semipermanentes
Agroforestal	Silvoagrícola
	Silvoagropastoril
	Silvopastoril
Ganadería	Pastoreo intensivo y semiintensivo
	Pastoreo intensivo
Forestal	Producción
	Producción-protección
Conservación	Forestal de protección
	Recursos hídricos e hidrobiológicos
	Recuperación

Fuente: IGAC. *Los suelos de Colombia*, 2002.

precisamente en la revolución de dichas relaciones. La ecología política busca poner de cabeza los argumentos deterministas, para resaltar el carácter social de problemas como el hambre, los “desastres naturales”, la desigualdad de acceso a los recursos, el deterioro ambiental y la artificialidad de hablar de la naturaleza como algo prístino, intocado, previo o por fuera de las relaciones sociales (Massey 1994; Smith 1984; Peet y Watts 1996).

La llamada ecología política, que surgió del activismo ambiental de los años setenta y principios de los ochenta, asume una perspectiva materialista dialéctica de las relaciones sociedad-naturaleza. Las corrientes de geografía convencionales, apoyadas sobre la “ecología humana”, consideraron los desastres naturales como un problema emanado de la errada percepción o del imperfecto conocimiento de los humanos sobre los eventos naturales en el proceso de adaptación al ambiente —en vez de considerarlos como un componente necesario y básico de la reproducción de las formaciones sociales capitalistas— y que, por tanto, estos eran remediabiles con políticas ambientales (O’keefe *et al.* 1976). Desde esta perspectiva, los problemas comúnmente calificados como ambientales se estudian como producto de las relaciones sociales de producción que crean vulnerabilidades que pesan más sobre las capas pobres de la sociedad.

La ecología política ha venido trabajando temas como la huella ecológica de las actividades humanas,

la seguridad alimentaria, la deuda ecológica, las cadenas de explotación, el manejo del suelo, entre muchos otros temas, principalmente consagrados al estudio del campo y de los campesinos. Esta escuela parte esencialmente de tres presupuestos que explicarían los conflictos. En primer lugar, considera que la degradación del ambiente es el resultado y la causa de la marginalidad social. En segundo lugar, la explotación del ambiente es producto de la explotación social. Y tercero, la existencia de un tipo de relaciones de subordinación cultural que configura una suerte de estructura centro-periferia. Esto quiere decir que, para la ecología política, los conflictos ambientales se entienden como conflictos de acceso y conflictos de distribución de los recursos, es decir, la diferencia entre lo que se produce socialmente y la manera como se apropia individualmente. Esa es la clásica perspectiva proveniente del marxismo en la que se entienden los conflictos como producto del carácter social de la producción y del carácter privado de la apropiación de los beneficios y los bienes.

En este contexto cabe destacar a dos autores, Michael Watts y Piers Blaikie, quienes con sus obras y trabajos ayudaron a forjar los estudios de ecología política y abrieron una línea de investigación de las relaciones sociedad-naturaleza novedosa y fructífera. Michael Watts, en *Silent Violence* (1983), examinó las causas de la hambruna en el norte de Nigeria, usando un enfoque cuyo eje fue la categoría de modo de producción, más precisamente la noción de articulación entre varios tipos de producción, teniendo en cuenta, por supuesto, las especificidades y las contingencias asociadas con este fenómeno. Watts empezó analizando el modo de producción precapitalista en la región de Hausaland y encontró que los agricultores de Hausa tuvieron tradicionalmente una adaptabilidad flexible a los riesgos climáticos al nivel del hogar, de la comunidad y de la región, de modo que, aunque las sequías fueron comunes en esta región, hubo un sistema de creencias comunitario integrado en un sistema económico y político que servía de mitigador del riesgo. Este sistema fue erodado por la articulación con el capitalismo colonial, que incorporó la producción de mercancías (por ejemplo, algodón) dentro de una economía internacional, pero que, paralelamente, dejó a la producción de subsistencia para que se organizara por sí sola. La exportación de cosechas alteró substancialmente el sistema alimentario, la cultura de la reproducción y el papel del Estado: la economía moral giró hacia la economía monetaria. En consecuencia, la integración al capitalismo disolvió

mucho del sistema de respuesta de los campesinos que había disminuido la afectación de la variabilidad climática en un ambiente semiárido, con lo cual los hizo más vulnerables a las sequías (fenómeno que había ocurrido durante largo tiempo). En otras palabras, las familias campesinas no eran un grupo intrínsecamente patológico, sino que fueron limitados en su habilidad para sobrellevar las amenazas, las perturbaciones y los disturbios ambientales (Watts 1983; Peet 1998).

Según Peet (1998), el trabajo que más ha influenciado la conformación de un campo de estudios sobre ecología política ha sido el texto de Piers Blaikie titulado *La economía política de la erosión del suelo en los países en desarrollo* de 1985. En este texto, Piers Blaikie, geomorfólogo de formación, sostiene que la erosión del suelo en los países del tercer mundo es vista —desde la perspectiva convencional (colonial)— como un problema ambiental causado por el uso irracional (campesino) del suelo y por la sobrepoblación; de este modo, la fórmula para paliar el problema ha sido la de vincular a los campesinos a la economía de mercado (Peet 1998). Blaikie, por el contrario, encontró que el contexto físico de la erosión es importante, pero enfatizó que el contexto político-económico tiene un peso muy fuerte. Blaikie inicia su análisis con la unidad de toma de decisiones más pequeña, es decir, la familia (campesina), que opera bajo condiciones de recursos limitados. La familia está inmersa dentro de dos tipos de relaciones sociales: relaciones locales de producción y relaciones de intercambio con el mercado mundial. En ambas esferas “el excedente es extraído de los cultivadores, quienes a su vez están forzados a extraer ‘excedentes’ del ambiente (presión por privación), lo que con el tiempo, y bajo ciertas circunstancias físicas, conlleva a la degradación y/o erosión del suelo” (Peet 1998). Por medio de la articulación al sistema capitalista, los campesinos empiezan a verse marginados espacialmente, confinados a tierras de un potencial agrícola muy bajo, donde adoptan estrategias desesperadas de sobrevivencia. En tal sentido, los procesos político-económicos están interrelacionados con los procesos naturales: las áreas con pendientes fuertes y alta propensión natural hacia la erosión del suelo se deterioran por la actividad de los angustiados agricultores, entonces, la erosión del suelo exacerba sus problemas, lo que intensifica el proceso de erosión. Para Blaikie, son las relaciones sociales de producción y la marginación política y social en la que está inserto el campesino, más que su “ignorancia” o su “falsa per-

cepción”, lo que está en el centro de aquello que se ha denominado como “síndrome de la pobreza natural”. Los pequeños productores causan erosión en el suelo bajo condiciones de amenaza a su sustento de vida, lo que hace difícil la cooperación e ineficiente la intervención del Estado. Los estudios sobre erosión deben tener en cuenta los imperativos económicos de la acción de los campesinos. Solo así, dice Blaikie, los planes de conservación del suelo obtendrán éxito (Peet 1998).

Pero estos argumentos, que han contribuido efectivamente a desbaratar los mitos deterministas, ¿acaso no dan la impresión de que el mundo es “totalmente social”? Ahí está la complejidad de pensar las relaciones entre la sociedad y la naturaleza, pues se corre el riesgo de caer en algún tipo de determinismo, ya sea ambiental o social. Hay que tener precaución de evitar todo esencialismo derivado de la pretendida separación entre las dos esferas de este dominio. En ningún caso se puede afirmar que la sociedad controla y define “lo natural”, y, al mismo tiempo, hay que pensar que cuando se estudian las dinámicas sociales estas “toman lugar en la naturaleza”, es decir, están inmersas en ciertas condiciones ambientales que el hombre ha creado y ha modificado en diferentes grados según cada contexto.

Dominio de las relaciones sociedad-espacio

En este dominio hemos considerado dos grandes paradigmas que se diferencian claramente por la manera como conciben cada uno de los factores de la relación entre espacio y sociedad y, por tanto, por el tipo de lecturas sobre los conflictos que se hacen en cada uno. Por un lado, agrupamos los trabajos de la llamada ciencia espacial de corte neopositivista, que definió como objetivo fundamental de su proyecto científico el explicar, basándose en teorías, modelos y leyes, la manera como los fenómenos se despliegan en el espacio (concebido básicamente como distancia). Por otro lado, encontramos las posturas calificadas comúnmente como geografías críticas o radicales, soportadas en la economía política, en la dialéctica y el materialismo histórico, que establecieron como interés fundamental interpretar la aparición y transformación de las estructuras espaciales como producto de las lógicas que se desprenden de las relaciones sociales de producción. Pero ¿por qué se distinguen del dominio de las relaciones sociedad-naturaleza? Como se verá, en las dos posturas se pone énfasis en las actividades humanas —principalmente las de

tipo económico—, por lo que la naturaleza, en el caso de la ciencia espacial, desaparece como categoría de explicación de la diferenciación espacial o, como sucede en los enfoques radicales, se juzga tan inadecuada la separación de sociedad y naturaleza que esta se vuelve una entidad social, un producto humano. A continuación exploraremos los conflictos de que tratan la ciencia espacial neopositivista y las corrientes radicales.

La ciencia espacial y el conflicto como desorden

Una de las ideas más ampliamente extendidas en el campo de las preocupaciones por el espacio, y en las concepciones sobre lo que significa pensar geográficamente, es que las estructuras espaciales que se observan en la realidad expresan un orden y, por tanto, son explicables y predecibles. Esta concepción fue producto de la remodelación que sufrió la geografía como ciencia espacial, a mediados del siglo XX, como consecuencia de la llamada revolución cuantitativa que, sobre las bases del neopositivismo, intentó superar las debilidades de la tradición empirista de la geografía regional. Esta última se desprestigió académica y políticamente debido a que apareció como una disciplina cuya tarea era puramente descriptiva y de recolección de datos con débiles fundamentos teóricos.

La idea según la cual la geografía, enfrentada a mediados del siglo XX a raíz de la reconstrucción y la planificación de la posguerra, debería seguir siendo una ciencia ideográfica (descriptiva) preocupada por el estudio de la singularidad fue ampliamente descartada (Unwin 1995). El análisis de las relaciones sociedad-espacio no podía, según Schaefer, en su *Exceptionalism in Geography* de 1953, ni quedarse en la mera descripción ni rechazar la búsqueda de leyes espaciales, pues solo así puede explicarse la manera como los fenómenos se distribuyen en el espacio (Schaefer 1953).

Se formuló, entonces, que el objetivo de la nueva geografía debería consistir en elaborar generalizaciones exactas con poder predictivo de la distribución y de las estructuras espaciales de las actividades humanas, basadas en la premisa de que nada en el espacio está puesto aleatoriamente y de que, en consecuencia, existen unas leyes de organización de las actividades humanas en el espacio. Se afirmó que el método de la ciencia espacial era común a todas las ciencias (hipotético-deductivo), pero que se distinguía de las demás, pues intentaba explicar por qué las distribuciones espaciales están estructuradas de la forma en que lo están (Delgado 2003).

En este escenario surge la *teoría locacional*, nombre con el que se designa al conjunto de teorías y modelos diseñados para explicar los patrones espaciales de las actividades humanas en el espacio. El discurso de la ciencia espacial positivista adoptó elementos de la economía neoclásica, la física y la geometría, y convirtió al espacio en un contenedor isotrópico de actividades y funciones donde la característica más importante era la distancia (Gregory 1984, Clocke *et al.* 1991; Delgado 2003). Los precursores de esta forma de explicación fueron los trabajos desarrollados en Alemania desde el siglo XIX hasta comienzos del siglo XX. Allí se elaboraron una serie de teorías sobre la organización de las actividades que presentamos brevemente a continuación.

La *teoría del lugar central*, desarrollada en Alemania por dos geógrafos y economistas, Walter Christaller y August Losch, se propuso explicar el tamaño y la distribución de los asentamientos dentro de un sistema urbano en el que las actividades de comercio son la principal función. Según esta teoría, los asentamientos son lugares centrales con respecto a un área de influencia o de mercado, y su jerarquización se da como producto de unas reglas de comportamiento espacial tanto de los empresarios como de los consumidores. Se asume entonces que: 1) los empresarios toman sus decisiones de localización con el fin de maximizar la rotación de sus productos, lo que implica estar tan cerca como sea posible de los consumidores; 2) los consumidores adquieren bienes y servicios en los mercados más próximos con el fin de minimizar los costos de adquisición; 3) diferentes tipos de establecimientos comerciales y de servicios requieren niveles diferentes de rotación de las mercancías; de este modo, existen actividades comerciales de bajo orden (las actividades de minoristas, misceláneas, panaderías, restaurantes, etc.) y otras de alto orden (venta de vehículos, servicios especializados, etc.); 4) no hay impedimentos al movimiento, salvo el costo lineal relacionado con las distancias por recorrer (Johnston 1986). Christaller estableció una jerarquía de siete niveles en la organización de las actividades comerciales y de servicios, en función del número y del tipo de establecimientos presentes en cada asentamiento. Así, los lugares centrales de menor orden, interconectados con el resto de asentamientos, son lugares que tienen un radio de influencia menos extenso debido a que los productos y los servicios que se ofrecen allí se pueden encontrar en casi cualquier lugar del sistema urbano, mientras que los lugares centrales de mayor orden ten-

drán un área de influencia mucho más amplia debido a que en estos se localizan los bienes y los servicios más especializados (venta de automóviles, banca, servicios de salud especializados, etc.). Esta teoría provee algunas hipótesis relativas al tamaño, el distanciamiento y la composición funcional de los asentamientos, que promovieron una gran cantidad de trabajos empíricos.

La *teoría del uso del suelo* fue una herramienta de explicación de la organización de los usos del suelo agrícola alrededor de un asentamiento urbano. Es también conocida como modelo de Von Thunen, gracias a que fue este terrateniente prusiano quien formalizó, en 1826, en un libro titulado *el Estado aislado*, los elementos del modelo a partir de la información recolectada en el norte de Alemania. Aunque es muy anterior a la revolución cuantitativa en geografía, fue ampliamente acogido en la ciencia espacial como ejemplo de lo que debería ser el estilo de trabajo en este campo de las relaciones sociedad-espacio. La pregunta de base de Von Thunen fue ¿por qué lotes de tierra con idénticas características ambientales tienen usos del suelo diferentes? (Delgado 2003) El objetivo de sus primeras exploraciones fue entonces explicar las variaciones en los precios de los productos agrícolas y la manera como dicha variación afecta los usos del suelo. Para la elaboración de su modelo, Von Thunen concibió la existencia de un único mercado y asumió que la distancia es el determinante fundamental del uso del suelo agrícola. El modelo se construyó alrededor del concepto de renta y supuso que todos los agricultores producirán en sus terrenos la mercancía que les reporte la renta más alta y les de la posibilidad de maximizar sus ganancias netas. Las ganancias netas son llamadas renta del suelo (L) y su valor es función del costo de producción por unidad de mercancía (a), su precio en el mercado (P), la producción o rendimiento por unidad de terreno (E) y la distancia entre el mercado y el punto de producción (k) (Johnston 2000). Asumiendo que todo los terrenos son igualmente aptos para producir cualquier mercancía agrícola, el argumento fue que cuanto más alto sea el costo para el transporte de un producto al mercado (ya sea por su volumen o perecibilidad) tanto más beneficioso será localizarse cerca de este. De estos presupuestos surgió un modelo de uso del suelo agrícola constituido por una sucesión concéntrica de zonas especializadas en la producción de determinadas mercancías agrícolas. La primera zona, la más cercana al mercado o al centro urbano, estaría constituida

teóricamente por la producción de hortalizas y granjas lecheras; la segunda por el cultivo de trigo y cereales, la tercera por el pastoreo y la ganadería (Alonso 1964).

La *teoría de la localización industrial*, formalizada primero en Alemania por Alfred Weber (1909), consiste en explicar la organización del espacio industrial asumiendo que todos los propietarios de industrias manufactureras buscan localizar sus plantas allí donde puedan minimizar los costos de producción y de distribución en el mercado. Una vez más la variable a la que inicialmente estos modelos le otorgaron más peso fue al costo de transporte, por lo que la toma de decisiones locacionales de los empresarios estaba comandada por la necesidad de minimizar dicho coste (Johnston 1996). Pero, a diferencia de Von Thunen, Weber no considera un espacio homogéneo, sino más bien uno en el que algunos recursos como el carbón y el hierro están desigualmente repartidos en la superficie, en tanto que otros, como el agua, la arena, la piedra, la arcilla, son ubicuos (Delgado 2003). En el modelo de Weber se emplea el triángulo de Launhardt y las isodapanas (líneas que definen aéreas de igual coste) con el fin de establecer la localización de una planta manufacturera que produzca una sola mercancía. Esto significa que la localización de una planta se definirá en una superficie de costos variables para acceder a materias primas, mano de obra y mercado.

Los trabajos empíricos y los desarrollos teóricos de este estilo se multiplicaron con la revolución cuantitativa de la posguerra en Estados Unidos. Junto a la reelaboración de las teorías de von Thunen, Weber y Chistaller, aparecieron una serie de modelos aplicados al análisis espacial; como los modelos tomados de la física utilizados para hacer estudios de interacción entre centros urbanos; los modelos de la organización del espacio urbano con la ecología urbana y, posteriormente, con la ecología factorial; la regla rango-tamaño utilizada para evaluar la distribución de las ciudades dentro de un sistema urbano; etc. (Barnes 2003). Los trabajos más recientemente desarrollados en el marco de la llamada nueva geografía económica, en cabeza de Paul Krugman, recogen el espíritu de la revolución cuantitativa y no hacen sino volver más sofisticados los modelos sin poner en tela de juicio esta forma de abordar los problemas relativos a la organización del espacio, donde priman la precisión conceptual, la lógica deductiva, el rigor analítico; en últimas, donde prima el racionalismo y la ideología de la neutralidad de lo cuantitativo (Martín 1999).

Metodológicamente, la ciencia espacial detecta los conflictos observando la organización real de las actividades sociales (dicho sea de paso, la geografía positivista se interesó esencialmente por las actividades económicas) y contrastándola con una situación identificada como racional, ideal y ordenada, extraída de los modelos teóricos. El modelo es la referencia normativa para definir el grado de conflicto presente en la organización espacial y, sobre su base, se construyen las estrategias tendientes a acercar la situación real al modelo (figura 3). La solución del conflicto implicaría, entonces, dar orden a la organización espacial existente. Esos son los fundamentos de la planeación moderna.

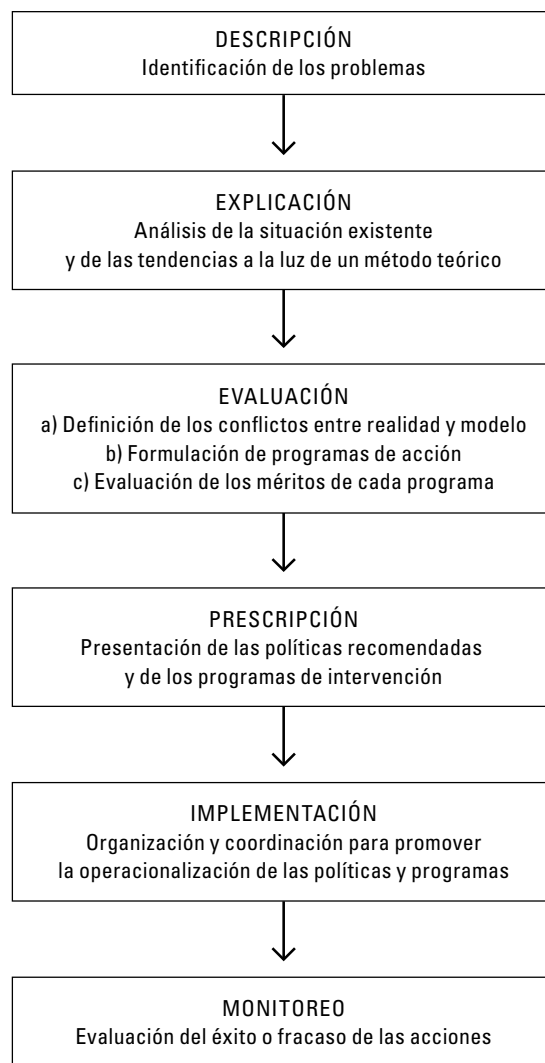


Figura 3. Esquemización de la definición de conflictos y el establecimiento de las acciones en el campo de la ciencia espacial.
Fuente: adaptado de Pacione (1999).

Como vimos, esta noción de orden es problemática debido a que es una idea tomada principalmente de los argumentos de la física, la economía neoclásica y la geometría. ¿Cuál es la finalidad de ese orden? Todos estos modelos, por principio, establecen una serie de recortes a la realidad, pues trabajan con la idea de que, para poder establecer generalizaciones (base de la teoría), se debe reducir o evitar el tratamiento de ciertos aspectos que generen ruido en el modelo. El primer gran recorte que hacen los modelos y las teorías desarrolladas en el seno de la ciencia espacial es el de lo social y lo humano. En efecto, en estas perspectivas los seres humanos son considerados como agentes que actúan bajo la lógica de la racionalidad económica, cuyas prácticas espaciales corresponden, en consecuencia, a un impulso natural y universal de competencia y de obtención del máximo beneficio posible reduciendo los costes. Eso significa que las motivaciones, las preferencias, los gustos, las percepciones, no caben en el análisis de las configuraciones espaciales a menos que puedan ser cuantificables y reducidas a indicadores.

Al mismo tiempo, en los modelos de la ciencia espacial la sociedad es considerada como una agregación de individuos que poseen información y conocimiento perfecto y completo, por igual entre todos sus miembros, que les permite tomar las decisiones locacionales más racionales. De esta forma queda borrado el hecho de que, por el contrario, las sociedades están marcadas por el acceso desigual a la información, y que los individuos poseen medios materiales y políticos desiguales para trabajar con ella.

Otro gran recorte que hacen los modelos que enumeramos anteriormente es el de la naturaleza, entendida como el contexto ambiental, el medio físico-biótico, los climas, la geología, las variaciones altitudinales, etc. Uno de los presupuestos de dichos modelos es la existencia de una realidad, precisamente, sin características de este tipo. A esto se refiere el conocido presupuesto del espacio isotrópico. La utilización de esta noción evita cualquier preocupación por la mediación del ambiente natural en los procesos de organización de las actividades humanas.

En esa misma línea se opera el recorte en el concepto de espacio, pues este se restringe a su dimensión absoluta y se constituye en sinónimo de distancia. Lejos de ser una producción social, el espacio es considerado como un contenedor de las actividades y su única mediación con el despliegue de los fenómenos sociales tiene que ver con los costos que implica cubrir distancias.

Paralelamente, los modelos apoyaban implícita o explícitamente la concepción de que los procesos estudiados eran “puramente espaciales”. Los “efectos espaciales” (la distribución geográfica de una cosa) se consideraron explicables por “causas espaciales” (la distribución geográfica de otras). El afán de darle identidad a la geografía como ciencia del espacio, llevó no solo a hablar en términos de leyes espaciales, modelos espaciales y relaciones espaciales aisladas de las otras dimensiones de la realidad, sino que provocó un alejamiento entre la geografía y las demás ciencias sociales. Para los geógrafos de la época era más importante formarse en el tratamiento de bases de datos y el manejo de herramientas de análisis estadístico que estrechar lazos con la sociología, la antropología, la psicología o con la ciencia política. Las explicaciones sobre la organización del espacio se encuentran en leyes espaciales o en lógicas que no tienen relación con las fuentes de poder social ni con las relaciones sociales.

Otro gran recorte que hacen los geógrafos neopositivistas tiene que ver con el papel de la ciencia. En términos generales, se puede argumentar que para los adherentes a esta corriente, la ciencia es una empresa neutra y desprovista de ideología. Su tarea como científicos consiste en aportar las explicaciones más objetivas posibles con el fin de ofrecer las herramientas de planificación más idóneas para la sociedad. Los científicos se consideraban a sí mismos como sujetos que tenían la rara facultad de observar y explicar el mundo sin ninguna mediación ideológica o social. Gregory (1994) la llamaría “la perspectiva del mundo como exhibición”. Hay que decir que algunas de las grandes figuras de la revolución cuantitativa poseían inclinaciones políticas, pero partían del principio de separación entre el mundo de las concepciones políticas personales y el mundo de la ciencia. Dos ejemplos. En primer lugar, Schaeffer, a quien se le atribuye la declaración fundadora del proyecto neopositivista a mediados del siglo XX, fue un comprometido dirigente de izquierda expulsado de la Alemania nazi. En segundo lugar, David Harvey, quien posteriormente se convirtiera en la figura más importante de la geografía marxista, al momento de escribir la obra más representativa de la revolución cuantitativa en geografía, *Explanation in Geography* de 1969, tenía inclinaciones políticas cercanas al socialismo fabiano, que confiaba en el proceso evolutivo y gradual de la civilización hacia un socialismo real, sin necesidad de una revolución.

Estos principios de la práctica científica de los geógrafos neopositivistas les hace tener una confianza desmesurada en la utilidad de los modelos. Los modelos de organización del espacio, en efecto, son esquemas objetivos y racionales que sirven de moldes para la implementación de acciones en la vida social real imperfecta. Los modelos, infalibles ya que sus principios están blindados gracias al uso de argumentos desprovistos de variables humanas, muestran cómo debería ser el orden espacial de la sociedad. Todos estos recortes, sin duda, empobrecen el acercamiento a la conflictividad social en el marco de la geografía positivista.

La economía política de la producción del espacio y el conflicto como contradicciones de la acumulación capitalista

Las insatisfactorias respuestas a por qué existen y cómo cambian las estructuras espaciales en el marco de la llamada ciencia espacial y, adicionalmente, su perspectiva ahistórica y asocial de la conflictividad, abrieron la puerta a una serie de interpretaciones alternativas que perfilaron el surgimiento de las geografías humanísticas y las geografías críticas o radicales. El argumento básico de estas últimas en contra de la ciencia espacial es que hacía una abstracción del capitalismo, es decir, que en la explicación de dichas estructuras del espacio no se considera el hecho de que la sociedad está instituida por unas relaciones sociales específicas que definen la lógica de producción de las formas espaciales y la apropiación de la naturaleza. En términos del conflicto, la geografía crítica, principalmente de carácter marxista y estructuralista-marxista, se apartó de la idea de los conflictos como falta de orden y empleó las nociones de contradicciones en la lógica de acumulación capitalista, así como la noción de conflictos de clase. En últimas, el conflicto de clase es un desajuste entre la dinámica económica y la realización de la justicia y de la igualdad social.

En lo que sigue, discutimos la noción de conflicto tomando como referente algunos desarrollos teóricos de la llamada geografía crítica del capitalismo, extraídos de David Harvey principalmente. Elaboramos un esquema (figura 4) en el que se describen los grandes temas de esta geografía crítica que asumió como principal objetivo el de estudiar no solo las configuraciones espaciales que la sociedad produce, sino también la manera en que estas afectan los mecanismos sociales, políticos y económicos. Decidimos descomponer la lógica capitalista partiendo del esquema del ciclo sistémico

capitalista (la conocida notación dinero-mercancía-ganancia: $D-M-D'$) para mostrar las contradicciones del modo de producción capitalista, las estrategias espaciales movilizadas para conjurarlas, los paisajes resultantes de la aplicación de estas estrategias y, otra vez, las contradicciones que estos efectos espaciales refuerzan en las sociedades capitalistas (figura 4).

Lo primero que hay que decir es que la geografía crítica del capitalismo se plantea directamente el tema del conflicto; se pregunta ¿por qué, si el capitalismo está atravesado de tantas contradicciones, ha sido capaz de perdurar durante tanto tiempo? Esta es la pregunta que Henri Lefebvre contestó contundentemente afirmando que ha sido posible a través de la producción de espacio. Los geógrafos marxistas no estructuralistas se han encargado de desarrollar y ampliar dicha tesis, aunque no sin tomar distancia de Lefebvre. Pero parten de la convicción de que más allá de reflejar las dinámicas sociales, la espacialidad participa de la manera como el capitalismo “soluciona” sus conflictos, sus contradicciones. Observemos cómo se desarrolló dicha proposición.

La teoría marxista parte de considerar que la lógica del capital está comandada por el irrefrenable afán de acumular por acumular. No hay capitalista, ni es posible pensar la sociedad capitalista, sin la existencia de este principio. Esto no significa que el capitalista tenga por objetivo obtener ganancia para depositarla en una caja fuerte, sino que su actitud y su comportamiento están regidos por la obsesión de obtener ganancia con el fin de ampliar sus posibilidades de inversión futura. Dicho elemento de la mentalidad capitalista constituye el motor del ciclo sistémico que es conocido con la notación $D-M-D'$, en la que D es igual al dinero inicialmente invertido en los medios y en los factores de producción (materias primas, mano de obra, maquinaria, mantenimiento, etc.) que hacen posible la obtención de mercancías (M), que a su vez son vendidas o realizadas en el mercado y de cuya transacción se espera obtener una suma superior a la invertida al comienzo del ciclo, es decir, la ganancia (D') (Arrighi 2007). Para el capitalista, el interés fundamental es el de hacer más provechoso y rápido el tránsito entre D y D' , esto es, que su motivación fundamental es la de obtener un volumen creciente de ganancias en el tiempo más corto. Este es un ciclo perpetuo que deriva en la reproducción ampliada del capital. En las sociedades precapitalistas, como las economías campesinas, el ciclo tendría la forma de $D-M$, es decir, que el dinero se utiliza para adquirir ciertas mercancías que hacen posible la reproducción simple de los

factores de producción de la familia. El campesino, que destina una parte de sus productos para intercambiarlos en el mercado, no tiene la intención de obtener una ganancia en el proceso, sino la de sostener sus condiciones de vida materiales. El capitalista, por el contrario, vende sus mercancías con el objetivo de sustentar sus condiciones de producción iniciales (la reproducción simple) y, adicionalmente, obtener una ganancia para extender las fuentes de inversión y obtención de ganancia (la reproducción ampliada). Eso significa que en la sociedad capitalista la crisis sobreviene cuando no es factible obtener las ganancias necesarias para ensanchar la reproducción del capital. La crisis es la disminución en las tasas de ganancia, razón por la cual el dinamismo de la economía se mide en términos de crecimiento económico. Un capitalismo basado en la reproducción simple es un contrasentido, y, como corolario, cualquier situación que interfiera con las ganancias, la nueva inversión y la expansión de los mercados amenaza la sostenibilidad del sistema.

Dos tipos de contradicciones generan las crisis en el capitalismo. Por un lado, se encuentra la contradicción entre el ritmo de producción y el ritmo de consumo que genera la denominada crisis de sobreacumulación. Por otro, la contradicción entre la sostenibilidad de la ganancia y la sostenibilidad ambiental que generan las crisis de costos (O'Connor 2002). La primera contradicción, conocida también como "contradicción interna del capital", se refiere a la imposibilidad de realización de las mercancías en el mercado: a la incapacidad de vender los productos que la economía produce. Esto genera una crisis de demanda o una crisis de realización. Esta contradicción se genera como consecuencia del intento de los capitales individuales de defender o restablecer sus ganancias incrementando la productividad del trabajo, aumentando la rapidez de los procesos productivos, disminuyendo los salarios o acudiendo a otras formas usuales de obtener mayor producción con un menor número de trabajadores y además pagándoles menos (O'Connor 2002). El efecto es una reducción en la demanda final de bienes de consumo. Una menor cantidad de trabajadores, técnicos y otras personas vinculadas al proceso de trabajo produce más y está en menor capacidad de consumir. Así, mientras mayores son las ganancias producidas, o la explotación del trabajo, menores son los beneficios realizados, o demanda de mercado, si todos los demás factores permanecen sin cambios.

La segunda fuente de crisis en el capitalismo es la que se desprende de los costos de producción, o más

específicamente del encarecimiento de las condiciones de producción, a tal nivel que se reduce la tasa de ganancia. Según O'Connor, las crisis de costos se originan de dos maneras. La primera ocurre cuando capitales individuales defienden o recuperan ganancias mediante estrategias que degradan las condiciones materiales y sociales de su propia producción, o que no logran mantenerlas a lo largo del tiempo. Este es el caso, sostiene O'Connor, del descuido de las condiciones de trabajo (lo que termina por producir un incremento en los costos sanitarios), de la degradación de los suelos (que acarrea un descenso en la productividad de la tierra), o de desatender las infraestructuras urbanas en proceso de deterioro (lo que aumenta los costos derivados de la congestión y de la vigilancia policial), por mencionar tres ejemplos (O'Connor 2002). La segunda manera se presenta cuando los movimientos sociales exigen que el capital aporte más a la preservación y a la restauración de estas condiciones de vida, cuando demandan mejor atención de salud, protestan contra el deterioro de los suelos y defienden los vecindarios urbanos de formas que incrementan los costos del capital o reducen su flexibilidad. Este es el caso de los efectos económicos, potencialmente negativos para los intereses del capital, derivados de los movimientos de trabajadores, de mujeres, del movimiento ambientalista y de los movimientos urbanos (O'Connor 2002).

En los dos casos la segunda contradicción se expresa como un conflicto entre el significado de la sostenibilidad para el capital (que se refiere a la constante y creciente obtención de ganancias) y la sostenibilidad ambiental (que consiste en el no agotamiento de los recursos naturales). El estudio de esta contradicción ha sido uno de los intereses fundamentales de la ecología política que estudiamos en el apartado precedente. Nos concentramos, por tanto, en la primera contradicción del capital y en su relación con la configuración de la espacialidad capitalista.

Las condiciones económicas, sociales y políticas que permiten lograr el tránsito más expedito y provechoso entre D y D' , y las estrategias para resolver las contradicciones del capital tienen una concreción espacial, esto quiere decir que toda la dinámica de acumulación de capital se conecta directamente con el manejo del espacio. Eso significa que la producción del espacio se da dentro del contexto de la aceleración de la obtención de la ganancia, así como del manejo de las crisis de sobre-acumulación y de costos en el capitalismo. El capital busca aniquilar el espacio, ambiciona ponerle fin a

las rugosidades territoriales que impiden la reducción del tiempo de rotación de las mercancías y la solución de las crisis. La geografía histórica del capitalismo es el estudio de dicho proceso, que Zygmunt Bauman calificó como las interminables guerra por el espacio dentro del capitalismo (Bauman 1999).

Las estrategias del capital destinadas a aumentar los beneficios y reducir los costos del acceso a las materias primas, a la mano de obra, a los centros de producción y consumo, se trasladan a los diferentes dominios de la espacialidad (al espacio físico, el concebido y el vivido), y es lo que constituye los diferentes focos de deliberación sobre la lógica espacial de la acumulación de capital. Tal como lo muestra la figura 4, el capital puede movilizar un conjunto de estrategias, en lugares y momentos diferentes, con el fin de controlar y producir un “espacio fértil” para la reproducción ampliada de capital. Aquí el papel del Estado es fundamental. Este, que es concebido en términos generales dentro del marxismo como un instrumento de poder de la clase burguesa (Bobbio 1999), se encarga de crear las condiciones materiales, sociales e institucionales para el libre accionar del capital. Se trata de una intervención en las diferentes dimensiones de la espacialidad social. En la dimensión física el Estado se encarga de fijar en el territorio una cantidad importante de capital necesario para la acumulación capitalista, cuya inversión no puede ser emprendida por capitalistas individuales. Esto está representado básicamente en la creación de la infraestructura económica: túneles, autopistas, puentes, aeropuertos, puertos, etc.

El Estado interviene, paralelamente, en las concepciones del espacio. Los planes de desarrollo, los proyectos de planeación, toda la política de organización territorial, de uso de los recursos, etc., imponen una visión del estilo de desarrollo que le conviene en un momento dado al capital. Así, los referentes del discurso, por ejemplo, que predominaron en la época de la industrialización por sustitución de importaciones, son diferentes a los que constituyen el discurso bajo el estilo de desarrollo neoliberal. En este último los discursos sobre la planeación asumen la construcción de un orden espacial acorde con las “necesidades de la globalización”. Desde la década de los noventa hasta la actualidad, difícilmente se va a encontrar un plan de desarrollo, un plan de ordenamiento territorial o un documento de política pública que no haga referencia en alguna de sus páginas a la “globalización” y a los retos que impone. Adicionalmente, se destacan las inter-

venciones del Estado en el campo de las regulaciones salariales, ambientales, de ciencia y tecnología, las políticas de educación, etc., todas ellas más o menos coherentemente concebidas para hacer posible el armazón ideológico e institucional de la acumulación de capital.

Pero revisemos el menú de estrategias espaciales desarrolladas en el capitalismo para salir de las crisis y/o para hacer posible la reproducción ampliada. Podemos resumir 5 de estas estrategias que, como lo advertimos antes, pueden combinarse en lugares de maneras específicas y producir efectos espaciales diferenciados. Las estrategias son las siguientes:

1. *Reducción de costos de producción.* En la búsqueda de obtención de mayores niveles de ganancia, el capital opta por reducir los costos de producción. Diferentes medidas pueden ser empleadas para cumplir dicho objetivo, por ejemplo, bajar los salarios, pagar menos impuestos, pagar menos por las materias primas o liberarse de las obligaciones desprendidas de su producción (la descontaminación del aire o del agua, la protección de los trabajadores, etc.). El modelo neoliberal es precisamente un orden institucional diseñado en gran medida para que el capital reduzca las cargas a la reproducción ampliada que se desprenden de los costos de la mano de obra y de las obligaciones con la localidad donde se lleva a cabo la producción (Bauman 1999). Las políticas laborales, por ejemplo, han conducido a transferir compromisos que antes tenía el capital a las manos de los trabajadores, con el fin de flexibilizar el mercado de la fuerza de trabajo. Lo mismo puede decirse de la desregulación en otros ámbitos que le permiten al capital ganar independencia de la localidad donde produce. Por el momento cabe preguntarse ¿cuáles son los efectos de la flexibilización del mercado de trabajo? Básicamente son el deterioro de las condiciones de vida de los trabajadores y el aumento de las desigualdades en la sociedad capitalista, por un lado, y la creación de las condiciones para futuras crisis de realización o de sobreacumulación, por el otro. La producción de la vivienda podría ser un ámbito privilegiado para estudiar los cambios espaciales que se desprenden de estas estrategias, pues la vivienda es una mercancía relacionada con la reproducción de la fuerza de trabajo. ¿Qué tipo de vivienda se construye y, en consecuencia, qué tipo de espacio residencial urbano se constituye, cuando se supone que la mejor manera de impulsar el crecimiento económico es bajando los costos de reproducción de la mano de obra,

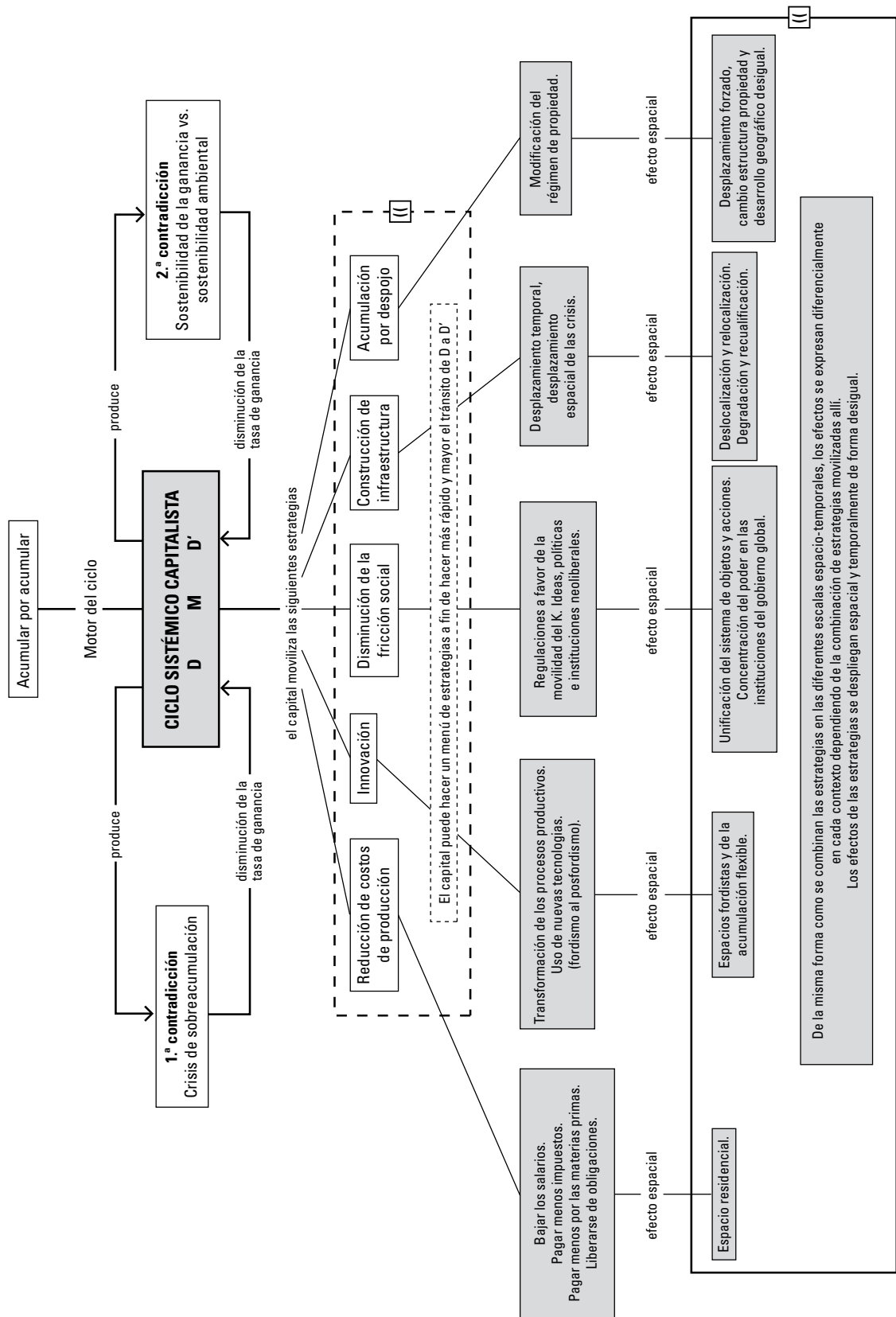


Figura 4. Ciclo sistémico capitalista y el estudio de la dialéctica entre organización del espacio y acumulación capitalista.
Fuente: elaboración propia.

al mismo tiempo que el Estado se desinteresa por su asequibilidad?

2. *Innovación tecnológica y organizacional.* Otra forma de afrontar las crisis o crear las condiciones para la acumulación de capital es producir cambios en las maneras de organización del trabajo, en el manejo del tiempo y del espacio de la empresa, así como hacer inversiones en el uso de nuevas tecnologías que aumenten la eficiencia. Este tipo de estrategias ha sido ampliamente estudiado en los trabajos de la llamada “escuela de la regulación,” que es una escuela marxista nacida en los años setenta. La preocupación de la escuela de la regulación fue la de establecer un marco para la lectura de los cambiantes “régimenes espaciales del capitalismo”, es decir, las maneras diversas en las que se organizaba espacialmente la producción capitalista (Benko y Lipietz 1998). Esta escuela trata de los problemas de crisis, transformación y “solución” a las encrucijadas de la acumulación capitalista, usando los conceptos de régimen de acumulación y patrón de regulación. La tesis general de esta escuela es resumida por Lipietz de la siguiente manera. Un régimen de acumulación describe la estabilización de la asignación del producto neto entre el consumo y la acumulación en un largo período; implica cierta correspondencia entre la transformación de las condiciones de producción y las condiciones de reproducción de los asalariados. Un sistema de acumulación particular puede existir en la medida que su esquema de reproducción sea coherente. Debido a que esta se logra principalmente por la aceptación de una reglas de juego por parte de múltiples actores (capitalistas, obreros, empleados del Estado, agentes políticos y económicos, etc.), el régimen de acumulación debe estar acompañado de un patrón de regulación correspondiente, que es, precisamente, el conjunto de normas sociales interiorizadas que facilitan la coordinación entre individuos (Lipietz 1986).

Los que utilizan este esquema aceptan que el prolongado *boom* de posguerra, de 1945 a 1973, se construyó sobre cierto conjunto de prácticas de control del trabajo, combinaciones tecnológicas, hábitos de consumo y configuraciones del poder económico-político que denominan fordista-keynesianas. Adicionalmente, aceptan que la fragmentación de este sistema desde 1973 ha generado cambios rápidos e incertidumbres en la manera de producir y

de regular la producción. El esquema está caracterizado por mercados y procesos de trabajo más flexibles, una alta movilidad geográfica y rápidos desplazamientos en las prácticas de consumo, el auge de los proyectos neoconservadores y un giro cultural hacia el posmodernismo, que denominan régimen posfordista o régimen de acumulación flexible (Harvey 1998). En términos espaciales, el tránsito del régimen de acumulación fordista al de acumulación flexible ha sido estudiado desde el ángulo de la aparición de nuevas formas de organización industrial. El argumento básico es que los rígidos espacios industriales fordistas, caracterizados por la gran planta de ensamblaje en línea, están perdiendo su funcionalidad y que, paralelamente, están apareciendo diversas formas de distritos industriales. Estos nuevos espacios industriales están constituidos sobre la base de la especialización flexible y la descentralización de la coordinación y la gestión de la firma. Los más destacables de estos nuevos espacios industriales son las tecnópolis o aglomeraciones tecnológicas, las aglomeraciones de pequeñas y medianas empresas artesanales y los distritos financieros y de servicios (Benko 1998).

3. *Disminución de la fricción espacial.* En cierta medida todas las estrategias de la acumulación capitalista están ligadas a este principio. Todas, de una manera u otra, buscan suavizar o limar las rugosidades espaciales (de carácter físico, social, cultural e institucional), acelerar los procesos económicos, disminuir las distancias, dar muerte a la geografía y producir una compresión espacio-temporal del mundo de la producción y del consumo. El capitalismo, como vimos, basa su dinamismo en la posibilidad de disminuir la fricción espacial. Sin embargo, bajo esta categoría queremos destacar las estrategias que están destinadas a favorecer la movilidad del capital y las que intentan crear un ejército de reserva de lugares (Santos 1996c). Santos afirma que en el momento actual, en la llamada fase de la globalización contemporánea, el capital ha creado condiciones que jamás había poseído antes en su proyecto de unificación del sistema de relaciones a escala planetaria, gracias a la extensión del sistema técnico y a los intereses político-institucionales hegemónicos. La convergencia de los sistemas de objetos y de acciones hegemónicas hace que la constitución física y política de los lugares corresponda a una lógica cada vez más extralo-

cal. En años recientes, Richard Peet ha estudiado en el campo de la geografía estos mecanismos en dos libros: *La maldita trinidad*, del 2004 y en *Geography of Power*, del 2007. Él habla de las instituciones del gobierno global que imponen una forma de globalización neoliberal diferente de la globalización humana celebrada por él como “el resultado final de la Ilustración”. Peet sostiene que la globalización neoliberal es producida por ideas, políticas e instituciones neoliberales, el Banco Mundial, el Fondo Monetario Internacional y la Organización Mundial de Comercio, cuyo efecto ha sido el ensanchamiento del poder de muy pocas instituciones e intereses que toman decisiones de manera completamente antidemocrática que afectan drásticamente las vidas y los medios de subsistencia de las personas del mundo. Estas instituciones controlan las economías y los destinos de millones de personas, a través de dispositivos tales como los ajustes estructurales, las condiciones de los contratos de desembolso, de préstamos y alivios a la deuda, inspecciones anuales al estado de la economía a cargo de misiones de expertos. Peet observa que la globalización neoliberal ha estado no sólo acompañada de la concentración de poder en las instituciones globales, sino también de la creciente oposición proveniente de los movimientos sociales y de los grupos terroristas fundamentalistas como Al-Qaeda. Los efectos espaciales del funcionamiento de estas instituciones se relacionan con la disminución de las fricciones espaciales en el sentido de que han podido crear un espacio institucional que le da la libertad a las corporaciones de moverse libremente. Las desregulaciones que promueven estas instituciones han causado que la empresa le pertenezca a los inversores, no a los empleados ni a los proveedores, ni siquiera a la localidad en la cual está situada la empresa. Si una empresa se traslada, solo los inversores pueden seguir ligados a esta, porque no están sujetos al espacio y son los únicos que tienen la capacidad de decidir si quieren trasladar la empresa ante la posibilidad de mejorar los dividendos en otra localidad. Con esta libertad para trasladarse que tiene la empresa, viene implícita la posibilidad de liberarse o huir de las consecuencias (no se quieren hacer cargo de impuestos para desocupados, inválidos, etc.).

4. *Ajuste espacio-temporal o la solución infraestructural.* Estas son las estrategias destinadas a dar “solución” a la crisis de sobreacumulación en el capitalismo,

que como vimos consisten en la imposibilidad de encontrar fuentes rentables de inversión e incapacidad para usar el capital representado en fuerza de trabajo y en medios de producción fijados espacialmente. Las opciones que el capital tiene para contener o manejar dicha crisis son: a) la *devaluación* de las mercancías, de la capacidad productiva y del dinero; b) el *control macroeconómico* y c) la *absorción de la hiperacumulación* a través del desplazamiento temporal y espacial (Harvey 1998). Este último dispositivo es el que tiene relación con la solución infraestructural que, en términos generales, consiste en un ajuste espacio-temporal. La idea del ajuste espacio-temporal es simple. La sobreacumulación en un determinado sistema territorial supone un excedente de trabajo (creciente desempleo) y excedente de capital (expresado como una sobreabundancia de mercancías en el mercado que no pueden venderse sin pérdidas, como capacidad productiva inutilizada, y/o excedentes de capital-dinero que carecen de oportunidades de inversión productiva y rentable). Estos excedentes pueden ser absorbidos por: a) *el desplazamiento temporal*; b) *desplazamientos espaciales*; o c) alguna combinación entre a y b. En los dos casos se requiere fijar de manera física una cantidad importante de capital para que perdure por un lapso relativamente largo de tiempo, así las leyes de la competencia impliquen devaluar dicha inversión o simplemente dejarla atrás (Harvey 2003). Harvey explica los dos elementos de la estrategia de la siguiente manera.

- a. *El desplazamiento temporal* implica desviar recursos destinados a la atención de las necesidades corrientes hacia la exploración de usos futuros, o una aceleración en el tiempo de rotación (la velocidad con la que los desembolsos en dinero proporcionan beneficios al inversor) de modo que el aumento de la velocidad de este año absorba el exceso del año pasado. Por ejemplo, el excedente de capital y el excedente de trabajo pueden ser absorbidos mediante el desvío del consumo corriente a la inversión pública y privada de largo plazo en plantas, infraestructuras físicas y sociales, etc. Estas inversiones suponen una limpieza de los excedentes del presente, que devuelven su equivalente en valor durante un largo período en el futuro. Por eso, las políticas de obras públicas siempre han sido una manera de retrasar la crisis de sobreacumulación y crear condiciones para la producción futura en un lugar (Harvey 1998).

b. *El desplazamiento espacial* supone la absorción del excedente de capital y trabajo por medio de la expansión geográfica. Esta “reparación espacial” del problema de la sobreacumulación implica la producción de nuevos espacios dentro de los cuales la producción capitalista pueda desarrollarse (a través de inversiones en infraestructura, por ejemplo), el crecimiento del comercio y de las inversiones y la exploración de nuevas posibilidades para la explotación de la fuerza de trabajo. Si el capitalismo pudiera extenderse infinitamente sobre la superficie terrestre podría haber una solución relativamente permanente a la hiperacumulación. Pero esta es una solución irreal y a lo sumo puede ser de corta duración porque a largo plazo la extensión de las relaciones sociales capitalistas tendrá como resultado una mayor competencia internacional e interregional, en las que los países con menos ventajas sufrirán graves consecuencias (Harvey 1998).

El “ajuste” espacio-temporal es una metáfora de las soluciones a las crisis capitalistas a través del aplazamiento temporal y la expansión geográfica. La producción del espacio, la organización de nuevas divisiones territoriales de trabajo, la apertura de nuevos y más baratos complejos de recursos, de nuevos espacios dinámicos de acumulación de capital y de penetración de relaciones sociales y arreglos institucionales capitalistas (reglas contractuales y esquemas de propiedad privada) en formaciones sociales preexistentes brindan diversos modos de absorber los excedentes de capital y trabajo existentes. Sin embargo, estas expansiones, reorganizaciones y reconstrucciones geográficas a menudo amenazan los valores fijados en un sitio en el que aún no han sido realizados. Vastas cantidades de capital fijo en un sitio actúan como una carga para la búsqueda de un ajuste espacial en otros lugares (Harvey 2003).

5. *Acumulación por desposesión*. Este es un tipo de estrategia de expansión de las fuentes de acumulación de capital, de desplazamiento espacial, pero que sirve especialmente para explicar las expresiones más violentas de dicha expansión. Harvey emplea esta denominación de acumulación por desposesión o despojo con el objetivo de entender el moderno imperialismo y procesos como la guerra en Irak. La noción es una crítica y una extensión del concepto de acumulación originaria de Marx, quien sostuvo que la extensión de las relaciones sociales capitalistas originalmente estuvo basada en la violencia, el

fraude y la depredación. Harvey sostiene que una revisión general del papel permanente y de la persistencia de prácticas depredadoras de acumulación “primitiva” u “originaria” a lo largo de la geografía histórica de la acumulación de capital justifican la crítica de dicha categoría de Marx y habilita el uso del concepto de “acumulación por desposesión” (Harvey 2003). Esto significa que no existe una fase previa en la que estos métodos se usaran y que ahora solo existe la reproducción ampliada en condiciones de paz, seguridad, propiedad e igualdad. Una mirada más atenta de la descripción que hace Marx de la acumulación originaria revela un rango amplio de procesos, de los cuales podemos encontrar múltiples ejemplos en la actualidad. Estos incluyen la mercantilización y la privatización de la tierra y la expulsión forzosa de las poblaciones campesinas; la conversión de diversas formas de derechos de propiedad (común, colectiva, estatal, etc.) en derechos de propiedad exclusivos; la supresión del derecho a los bienes comunes; la transformación de la fuerza de trabajo en mercancía y la supresión de formas de producción y consumo alternativas; procesos coloniales, neocoloniales e imperiales de apropiación de activos, incluyendo los recursos naturales; la monetización de los intercambios y la recaudación de impuestos, particularmente de la tierra; el tráfico de esclavos; la usura, la deuda pública y, finalmente, el sistema de crédito. El Estado, con su monopolio de la violencia y sus definiciones de legalidad, juega un papel crucial al respaldar y promover estos procesos.

Harvey hace una extensa lista de la manera como bajo el dominio de la globalización neoliberal se reproducen los esquemas de acumulación originaria o de acumulación por despojo. Las promociones bursátiles, los esquemas de ponzi (pirámides), la destrucción estructurada de activos a través de la inflación, el vaciamiento a través de fusiones y adquisiciones, la promoción de niveles de endeudamiento que aún en los países capitalistas avanzados reducen a la servidumbre por deudas a poblaciones enteras, por no mencionar el fraude corporativo, la desposesión de activos (el ataque de los fondos de pensión y su liquidación por los colapsos accionarios y corporativos) mediante la manipulación de crédito y acciones; todos estos son rasgos centrales de lo que es el capitalismo contemporáneo. Harvey presta especial atención a los fondos especulativos de cobertura y otras grandes instituciones del capital

financiero como la punta de lanza de la acumulación por desposesión en los últimos años. Por ejemplo, al crear una crisis de liquidez en el sudeste asiático, los fondos especulativos de cobertura forzaron la bancarrota de empresas. Estas empresas pudieron ser adquiridas a precios de liquidación por capitales excedentes de los países centrales, lo que dio lugar a “la mayor transferencia de activos desde propietarios domésticos (por ejemplo, del Sudeste asiático) a extranjeros (por ejemplo, estadounidenses, japoneses y europeos) en tiempos de paz en los últimos cincuenta años en cualquier lugar del mundo” (Harvey 2003, 114).

También Harvey señala la aparición de mecanismos completamente nuevos de acumulación por desposesión. Argumenta que el énfasis en los derechos de propiedad intelectual en las negociaciones de la OMC marca los caminos a través de los cuales las patentes y licencias de materiales genéticos, plasma de semillas, y cualquier otra forma de productos, pueden ser usadas contra poblaciones enteras cuyas prácticas de manejo ambiental han jugado un papel crucial en el desarrollo de estos materiales. La biopiratería es galopante, y el pillaje de la reserva mundial de recursos genéticos en beneficio de unas pocas grandes empresas multinacionales está claramente en marcha. La mercantilización de las formas culturales, las historias y la creatividad intelectual supone la total desposesión: la industria de la música se destaca por la apropiación y explotación de la cultura y la creatividad populares. La corporativización y privatización de activos previamente públicos (como las universidades), por no mencionar la ola de privatización del agua y de otros servicios públicos, que ha arrasado el mundo, constituye una nueva ola de “cercamiento de los bienes comunes”. Termina sosteniendo que la vuelta al dominio privado de derechos de propiedad común ganados a través de la lucha de clases del pasado (el derecho a una pensión estatal, al bienestar, o al sistema de salud nacional) ha sido una de las políticas de desposesión más agresivas llevadas a cabo en nombre de la ortodoxia neoliberal.

La manera como estas estrategias se despliegan en el espacio y el menú de dispositivos empleados por los poderes capitalistas no son idénticos en todo lugar y momento. El capital encuentra una serie de restriccio-

nes y estímulos desigualmente repartidos que producen una variada geografía de los procesos de acumulación de capital y de los conflictos. Uno de los principales obstáculos destacados por los autores citados es el que tiene que ver con la existencia de movimientos sociales de todo tipo (obreros, ambientalistas, de mujeres, de derechos civiles, antiglobalización, etc.), que actúan como freno a la incursión o profundización de las relaciones sociales de producción capitalistas. En otros lugares, por el contrario, el capital encontrará condiciones más adecuadas para su implantación o para la puesta en marcha de innovaciones en la forma de producción y regulación social necesarias para combatir las crisis.

En términos del pensar espacial de los conflictos, las tesis resumidas sobre la economía política de la producción del espacio revelan que no es posible hablar de conflicto espacial en sí mismo, como fue el caso de la ciencia espacial positivista, sino que para entender dichos conflictos se debe acudir a los principios que hacen funcionar las sociedades. Las lógicas estudiadas en este campo son las que se desprenden del funcionamiento de la sociedad capitalista. No obstante, esta postura no está exenta de críticas porque, al igual que en casos anteriores, también se considera que hay una serie de recortes de la realidad que no satisfacen una perspectiva holística ni de las relaciones sociales ni de los individuos. La crítica más común es que la perspectiva de la economía política de la producción del espacio deja de lado al individuo o no alcanza a captar la vastedad de este ni el significado de la experiencia en el mundo de la vida. Los conflictos existentes en la vida social no pueden reducirse a conflictos de clase. Duncan y Ley argumentan en un conocido artículo que los geógrafos marxistas atribuyen un poder causal a entidades conceptuales (por ejemplo, el capital) que son abstraídas de la experiencia y de las prácticas humanas (Duncan y Ley 1982). La geografía humana, se dirá, bajo la perspectiva marxista es en gran medida una geografía sin sujetos, una geografía sin agencia (Ley 1980). Los individuos son reducidos a sujetos de clase, y bajo esta camisa de fuerza se someten las otras formas de identidad social y cultural (negro, mestizo, indígena, inmigrante, mujer, hombre, etc.). Adicionalmente, se criticó a este acercamiento por su poco interés en la microescala y en los aspectos cotidianos de la apropiación y de las prácticas espaciales. Estas son las críticas que nos dan paso a la presentación del último dominio en el estudio de los conflictos en geografía.

Dominio del estudio de los sujetos, del lugar y de las prácticas espaciales cotidianas

El dominio que acabamos de explorar está más concentrado en la sociedad que en el individuo y en el espacio que en el lugar. El dominio que repasaremos a continuación explora los conflictos en el ámbito de la escala personal y de la experiencia. Nos remitiremos principalmente a la geografía humanística y a la manera en la que trata del problema de los conflictos.

La geografía humanística y el conflicto como experiencia inauténtica

La geografía humanística es un enfoque de la geografía humana que se interroga por el significado de la presencia de los hombres en la tierra, sobre el sentido de su existencia. El conflicto lo entiende como el desajuste entre lo que el hombre es en las sociedades capitalistas, individualistas y racionalistas, y lo que el hombre puede ser. Existe en esta corriente de pensamiento la idea de que en las sociedades de este tipo el ser humano es reducido en sus capacidades afectivas, creativas y proyectivas. Tal reducción se expresa en la forma de una experiencia inauténtica de las relaciones que los hombres establecen con sus semejantes y los lugares.

La geografía humanística se centra en las personas y sus condiciones de existencia, lo que define un enfoque asentado en el estudio de la experiencia humana, la conciencia y el conocimiento de los lugares. Se interesa no tanto por la imagen mental como por reflexionar sobre cuestiones como ¿cuáles son las experiencias significativas que poseemos de los lugares?, ¿cómo experimentamos el sentido de pertenencia e identificación con el lugar?, ¿cómo surgen los vínculos de afecto o de rechazo hacia los lugares?, ¿cómo se convierte el espacio en un lugar, en un centro de significación personal o colectivo? o ¿de qué modo se producen los movimientos casi inconscientes y cotidianos en el lugar? (Estébanez 1990).

Filosóficamente, la geografía humanística se apoya en la hermenéutica (entendida como un proceso de descubrimiento de la intención original y de los sentimientos de su autor), en la fenomenología (que describe las estructuras de la experiencia tal y como se presentan en la conciencia, sin recurrir a teoría, deducción o suposiciones procedentes de otras disciplinas tales como las ciencias naturales) y en el existencialismo (que enfatiza en la existencia individual concreta y, en consecuencia,

en la subjetividad, la libertad individual y los conflictos de la elección) (Tuan 1971; Entrikin 1976).

Según los geógrafos humanísticos, la categoría que mejor condensa su aproximaciones es la de *lugar* o, mejor, *el sentido* o *sentidos de lugar* (Peet, 1998), que se entiende no como una localización precisa, ni un sitio, sino como una experiencia no solo fenoménica-empírica, sensorial, sino principalmente como una experiencia humana emotiva, asociada a un espacio: un rincón, la casa, la calle, el barrio, una parque, etc. (Tuan 1977). Para dar un ejemplo de este concepto, Tuan cita una conversación entre Bohr y Heisenberg, dos físicos muy reconocidos, cuando visitaron el Castillo de Kromberg en Dinamarca. Bohr le dice a Heisenberg:

¿No es extraña la manera en la que este castillo cambia cuando piensas que Hamlet vivió aquí? Como científicos nosotros que creemos que esta construcción está compuesta de piedras y admiramos la manera en la que el arquitecto las puso juntas. Las piedras, el techo verde con su barniz, la madera tallada en la iglesia, constituyen la totalidad del castillo. Nada de esto debería cambiar por el hecho de que Hamlet vivió aquí. Pero de repente los muros hablan un lenguaje completamente diferente. El patio se vuelve un mundo entero, un rincón oscuro nos recuerda la oscuridad del alma humana y oímos a Hamlet diciendo “ser o no ser”. Suponemos que Hamlet es un personaje que apareció en una crónica del siglo trece. Y no podemos probar, tampoco, su existencia real. Pero comprendemos que Shakespeare, usó la figura de Hamlet y al castillo para revelar la profundidad de las preguntas humanas sobre su lugar en la tierra. Eso hace que Kronberg sea un lugar diferente para nosotros (Tuan 1977, 64).

A partir de esas consideraciones, Tuan acuñó una nueva terminología para describir las múltiples relaciones simbólicas y afectivas de los sujetos con los lugares que usan y habitan. Habla de un lazo fundamental que es el de la *topofilia*, que se despliega de diversas maneras. Así, cuando existe un sentimiento reverencial frente a un lugar se habla de *topolatría*. O cuando los sujetos hablan del rechazo y sentimientos asociados con el miedo, la inseguridad, la incertidumbre, Tuan habla de *topofobia*. Entre estos dos casos extremos de la experiencia del lugar se encuentra la *toponegligencia*, lo que supone la aparición de un corte brusco en las raíces del hombre con su entorno (Tuan 1990). Este último concepto se asemeja al de *lugares no auténticos* o *sentido de lugar no auténticos* de Edward Relph, otro de los forjadores de la geografía humanística (Relph 1976). Relph habla de

lugares auténticos y lugares no auténticos utilizando la noción de *autenticidad* del existencialismo de Heidegger, que significa un modo de ser en el que se reconoce que somos un *ser para la muerte*, en el que asumimos la responsabilidad de nuestra propia vida sin dejarnos fagocitar en nuestra relación con los objetos y sus funciones. La vida inauténtica nace del ocultamiento de lo terrible de nuestra condición. Así, una actitud auténtica frente al lugar sería la directa y genuina experiencia de la complejidad entera de la identidad de un lugar —no mediada ni distorsionada por costumbres intelectuales y sociales arbitrarias que predefinen la manera en la debe vivirse y habitar un lugar—. Un auténtico sentido de lugar implica estar dentro, ser perteneciente al lugar como individuo y como miembro de una comunidad y, adicionalmente, saber esto sin la necesidad de reflejarlo o exteriorizarlo (Relph 1976). Esta experiencia auténtica de los lugares está siendo minada por el desarrollo de la sociedad capitalista que favorece y estimula la movilidad y debilita las cualidades simbólicas de los lugares. La geografía que construye la sociedad capitalista es una geografía sin lugares, o más precisamente una geografía con inauténticos sentidos de lugar.

Ralph es quien, adicionalmente, elabora por primera vez la noción de *lugar* y *no lugar* en 1976. Él sostiene que la noción de localización o posición es muy estrecha para abordar la complejidad del concepto de lugar. El lugar, según Relph, está ligado a otros dos conceptos: el de comunidad y el de identidad. Él dice que existe una estrecha relación entre la comunidad y el lugar en el sentido de que cada uno refuerza la identidad del otro, así que la gente es su lugar y el lugar es su gente (Relph 1976). Tanto en la experiencia comunal como individual de un lugar particular existe un estrecho sentimiento de pertenencia que define nuestras “raíces en los lugares”, es un sentimiento de familiaridad constituido no solo por un detallado conocimiento del lugar, sino también por un sentido de cuidado y preocupación por este. Estos lazos son concebidos por Relph como una necesidad humana de primer orden, ya que con ellos se tiene un punto de referencia a partir del cual observar el mundo y darle sentido al orden de las cosas (Relph 1976). El sentido de no lugar sería, en consecuencia, la carencia de lazos significativos, el sentimiento de desprotección y la negligencia o falta de cuidado que experimentan las personas en un lugar.

Subyacente a los argumentos de la geografía humanística está la idea de que cuando los vínculos de los sujetos con el lugar son sólidos y afectivos confieren

una cierta estabilidad al individuo y al grupo, por lo que la crítica fundamental va a ser que en la sociedad capitalista contemporánea (donde prima la movilidad desenfrenada, los flujos, el individualismo) el espacio se está configurando sobre la base de no-lugares. Ello se relaciona con una despersonalización de las ciudades modernas. Estos geógrafos auguran la muerte cívica o desaparición del sentido de pertenencia a un barrio, y todo ello lo atribuyen al hecho de considerar cada vez más a la ciudad como una mercancía y un objeto capitalista (Peet 1998; Delgado 2003).

Conclusión

En las páginas anteriores hemos explorado las diferentes acepciones y tratamientos del conflicto en el seno de la geografía humana (tabla 2). Esta síntesis implicó extraer de las diferentes perspectivas del pensar espacial de una categoría que, en la mayoría de los casos, no es explícitamente abordada. No obstante, se puede argumentar que dentro de los diversos acercamientos teóricos existen concepciones sobre el conflicto, pero, paralelamente, esto no implica que su enfoque sea conflictual, es decir, que conciba al conflicto como la fuerza motora de la dinámica social. Tener una concepción sobre lo que significa el conflicto es muy diferente a manejar una perspectiva centrada en el conflicto. En el caso de la geografía política, la geografía marxista y la ecología política, el tratamiento del conflicto como la base de la estructuración de la espacialidad parece claro, pues, de entrada, se plantea que el aparente estado de permanencia de la estructura del espacio es solo una ilusión y que en su funcionamiento está el antagonismo entre proyectos, lógicas y clases sociales.

Pero, al mismo tiempo, hay que aclarar que las teorías sociales basadas en el conflicto no son concebidas necesariamente para ser aplicadas en el ámbito de la negociación, sino en el de la explicación y la interpretación de la realidad social. Puesto en otros términos, esto significa que hay que diferenciar la teoría social de las prácticas de la negociación que emplean nociones de conflicto y metodologías para detectar y resolver conflictos, si bien existen constantes intercambios entre las dos partes. En la geografía no vamos a encontrar metodologías para el análisis de los conflictos, al estilo de los empleados por las organizaciones sociales y ONG (metodología de la cebolla, árbol de conflictos, pirámide del conflicto, perfil del conflicto, escenario del conflicto, etc.), pero sí argumentos para compren-

der la conflictualidad social en tres grandes dominios: el de las relaciones sociedad-naturaleza, el de las relaciones sociedad-espacio y el de las practicas cotidianas y las experiencias del sentido de lugar. Si se quiere, en la geografía humana encontraremos, entonces, múltiples fuentes de inspiración para renovar metodologías de análisis y resolución de conflictos de manera novedosa. La búsqueda de estas conexiones entre, por un lado, nociones del conflicto articuladas sobre las categorías de lugar, espacialidad y territorio, y, por el otro, metodologías para el análisis de los conflictos es, sin duda, una de las tareas más importantes de la geografía actual.

Esto significa que existen dos retos que pueden ser complementarios frente a lo que significa pensar los conflictos desde el ángulo de los dominios de la espa-

cialidad. Una primera opción, llamémosla “académica”, tiene toda legitimidad y consistiría en usar las nociones de conflicto que se derivan de la geografía humana para estudiar la realidad, para la investigación en ciencias sociales. Básicamente esta sería una forma más de acercar la geografía humana a la teoría social. Una segunda opción, que no riñe ni se anula con la primera y que podríamos denominar como práctico-política, es la de crear, nutrir y renovar las metodologías de análisis de conflictos que se emplean en el trabajo con la gente, en las comunidades y en la planeación participativa. Esta opción responde a los constantes esfuerzos de acercar la geografía a la gente y a las organizaciones en la perspectiva de crear espacios más justos. Estos serán los desarrollos que la geografía de los conflictos deberá emprender en el futuro.

Tabla 2. Síntesis de las acepciones de conflicto en algunos enfoques de la geografía humana.

Dominio	Enfoque	Concepción del conflicto
Relaciones sociedad-naturaleza	El determinismo ambiental	Falta de desarrollo e inadaptación.
	Geografía sistémica	Conflicto ambiental o de desajuste entre ritmo de la sociedad y los ritmos naturales. Desajuste en la resiliencia del sistema físico-biótico.
	Ecología política	Degradación de las bases materiales de reproducción de los más pobres como producto de la marginalidad, sobreexplotación y colonialismo.
Relaciones sociedad-espacio	La ciencia espacial positivista	Conflicto como desorden.
	La geografía crítica del capitalismo	Conflicto como antagonismo de clase y conflicto como efecto perverso de la lógica de acumulación capitalista.
Sujetos, lugares y prácticas cotidianas	La geografía humanística	Experiencia inauténtica. La reducción de la apropiación creativa del espacio a causa del racionalismo, el individualismo y la competencia.

Fuente: elaboración propia.

Luis Berneth Peña Reyes

Es candidato a doctor en Geografía Social de la Université Rennes 2. Actualmente es docente e investigador del área de Conflicto y Dinámica Social del CIDS de la Universidad Externado de Colombia.

Referencias

- Alonso, W. 1964. *Location and Land Use*. Cambridge: Harvard University Press.
- Arrighi, Giovanni. 2007. *Adam Smith en Pekín: orígenes y fundamentos del siglo XXI*. Madrid: Akal.
- Barnes, Trevor. 2003. The Place of Locational Analysis: a Selective and Interpretive History. *Progress in Human Geography* 27 (1): 69-95.
- Bauman, Zygmunt. 1999. *La globalización: consecuencias humanas*. México: FCE.
- Benko, George y A. Lipietz. 1998. From the Regulation of Space to the Space of Regulation. *GeoJournal* 44(4): 275-281.
- Berque, Augustin. 2000. *Écuomène: introduction à l'étude des milieux humains*. Paris: Belin.
- Blaikie, Piers. 1985. *The Political Economy of Soil Erosion in Developing Countries*. New York: Longman.
- Blaut, James. 1993. *The Colonizer's Model of the World: Geographical Diffusionism and Eurocentric History*. New York: The Guilford Press.
- Bobbio, Norberto. 1999. *Ni con Marx ni contra Marx*. México: FCE.
- Bolos, María. 1975. Paisaje y ciencia geográfica. *Estudios Geográficos* 138-139: 93-105.
- Bunge, William. 1962. *Theoretical Geography*. Lund: Gleerup Publishers.
- Castells, Manuel. 1976. *La cuestión urbana*. México: Siglo Veintiuno.
- Chorley, Richard y Peter Haggett. 1971. *La geografía y los modelos socioeconómicos*. Madrid: Instituto de Estudios de Administración Local.
- Cloke, Paul, Chris Philo y David Sadler. 1991. *Approaching Human Geography*. New York: PCP Publishing Ltd.
- Delgado, Ovidio. 2003. *Debates sobre el espacio en la geografía contemporánea*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Duncan, James y David Ley. 1982. Structural Marxism and Human Geography: a Critical Assessment. *Annals of the Association of American Geographers* 72 (1): 30-59.
- Entrikin, Nicholas. 1976. Contemporary Humanism in Geography. *Annals of the Association of American Geographers* 66 (4): 615-632.
- Escobar, Arturo. 1999. *El final del salvaje: naturaleza, cultura y política en la antropología contemporánea*. Bogotá: Ican-Cerec.
- Escobar, Arturo. 1998. *La invención del tercer mundo: construcción y deconstrucción del desarrollo*. Bogotá: Editorial Norma.
- Estébanez, José. 1990. *Tendencias y problemática actual de la geografía*. Madrid: Editorial Cincel.
- Glacken, Clarence. 1967. *Traces on Rhodian Shore: Nature and Culture in Western Thought to the End of Eighteenth Century*. Berkeley: University of California Press.
- Golledge, Reginald. 1997. *Spatial Behavior: a Geographic Perspective*. New York: Guilford Press.
- Gottdiener, Michael. 1994. *The Social Production of Urban Space*. Houston: University of Texas Press.
- Gregory, Derek. 1984. *Ideología, ciencia y geografía humana*. Barcelona: Oikos-Tau S. A. Ediciones.
- Gregory, Derek. 1994. Social Theory and Human Geography. En *Human Geography: Society, Space and Social Science*. Ed. Derek Gregory, Ron Martin y Graham Smith, 78-109. Londres: Macmillan Press.
- Gregory, Derek. 2000. Determinismo ambiental. En *Diccionario Akal de geografía humana*. Ed. J. Johnston, Derek Gregory, David Smith. Madrid: Editorial Akal.
- Gregory, Derek. 2002. *Human Geography: Society, Space and Social Science*. New York: Palgrave Macmillan.
- Hagget, Peter. 1994. *Geografía, una síntesis moderna*. Barcelona: Ediciones Omega S. A.
- Harvey, David. 1969. *Explanation in Geography*. Londres: Arnold.
- Harvey, David. 1973. *Urbanismo y desigualdad social*. Madrid: Siglo XXI de España Editores, S. A.
- Harvey, David. 1984. On the History and Present Condition of Geography: An Historical Materialist Manifesto. *The Professional Geographer* 36 (1): 1-11.
- Harvey, David. 1996. *Justice, Nature and the Geography of Difference*. Oxford: Blackwell Publishing.
- Harvey, David. 1998. *La condición de la postmodernidad: investigación sobre los orígenes del cambio cultural*. Buenos Aires: Amorrortu editores.
- Harvey, David. 2000. *Spaces of Hope*. Berkeley: University of California Press.
- Harvey, David. 2001. *Spaces of Capital: toward a Critical Geography*. New York: Rutledge.
- Harvey, David. 2003. *The New Imperialism*. Oxford: Oxford University Press.
- Hettner, Alfred. 1982. *La cordillera de Bogotá*. Bogotá: Banco de la República.
- Huntington, Ellsworth. 1915. *Civilization and Climate*. New Haven: Yale University Press.
- Instituto Geográfico Agustín Codazzi. 2002. *Atlas de Colombia*. Bogotá: IGAC.
- Johnston, J. 1986. *Philosophy and Human Geography: An Introduction to Contemporary Approaches*. Londres: Edward Arnold co.
- Johnston, J., Derek Gregory y David Smith. 2000. *Diccionario Akal de geografía humana*. Madrid: Editorial Akal.

- Kimble, G. 1997. The Inadequacy of the Regional Concept. En *Human Geography: An Essential Anthology*. Cambridge: Backwell Publishers.
- Le Bras, Hervé. 1997. *Los límites del planeta: mitos de la naturaleza y de la población*. Barcelona: Ariel.
- Lefebvre, Henri. 1991. *The Production of Space*. Oxford: Blackwell Publishing.
- Ley, David. 1980. *Geography without Man: a Humanistic Critique*. Oxford: School of Geography, University of Oxford.
- Ley, David. 2000. Geografía del comportamiento. En *Diccionario Akal de geografía humana*. Ed. J. Johnston, Derek Gregory y David Smith. Madrid: Editorial Akal.
- Lipietz, Alain. 1977. *Le Capital et son espace*. Paris: Maspero.
- Lipietz, Alain. 1986. Behind the Crisis: the Exhaustion of a Regime of Accumulation. A "Regulation School" Perspective on some French Empirical Works. *Review of Radical Political Economics* 18:13-32.
- Livingstone, David. 1992. *The Geographical Tradition: Episodes in the History of a Contested Enterprise*. Oxford: Blackwell.
- Mackinder, H. 1997. On the Scope and Methods of Geography. En *Human Geography: An Essential Anthology*. New York: Backwell.
- Martin, Ron. 1999. The 'New Economic Geography': Challenge or Irrelevance?. *Transactions of the Institute of British Geographers* 24 (4): 387-391.
- Marston, Sallie, Paul Jones III y Keith Woodward. 2005. Human Geography without Scale. *Transactions of the Institute of British Geographers* 30: 416-432.
- Massey, Doreen. 1994a. *Space, Place, and Gender*. Mineapolis: University of Mineapoles Press.
- Massey, Doreen. 1994b. *The Geography Matters! A Reader*. New York: Cambridge University Press, The Open University.
- Massey, Doreen. 2005. *For Space*. Londres: Sage Publication.
- O'Connor, James. 2002. ¿Es posible el capitalismo sostenible? En *Ecología política: naturaleza, sociedad y utopía*. Ed. Héctor Alimonda, 27-52. Buenos Aires: Clacso.
- O'Sullivan, David y Unwin Hoboken. 2003. *Geographic Information Analysis*. New York, David, John Wiley & Sons.
- O'Keefe, P., K. Westgate, y B. Wisner. 1976. Taking the Naturalness out of Natural Disasters. *Nature* 260 (5552): 566-567.
- Pacione, Michael. 1999. In Pursuit of Useful Knowledge: the Principles and Practices of Applied Urban Geography. En: *Applied Geography: Principles and Practices*. Ed. Michael Pacione, 1-12. London: Routledge Taylor and Francis Group.
- Pavlovskaya, Marianna. 2006. Theorizing with GIS: a Tool for Critical Geographies? *Environment and Planning A* 38(11): 2003-2020.
- Peet, Richard y Michael Watts. 1996. *Liberation Ecologies: Environment, Development, Social Movements*. London: Routledge.
- Peet, Richard. 1998. *Modern Geographical Thought*. Oxford: Blackwell Publishers.
- Peet, Richard. 2004. *La maldita trinidad: el Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial y la Organización Mundial del Comercio*. Pamplona: Laetoli.
- Peet, Richard. 2007. *Geography of Power: Making Global Economic Policy*. New York: Zed Books Ltd.
- Pred, Allan. 1969. *Behavior and Location: Foundations for a Geographic and Dynamic Location Theory*. Lund: Gleerup.
- Pred, Allan. 1984. Place as Historically Contingent Process: Structuration and the Time-Geography of Becoming Places. *Annals of the Association of American Geographers* 74 (2): 279-297.
- Ratzel, Friedrich. 1882. *Anthropogeographie*. Stuttgart: Engelhorn.
- Relph, Edward. 1976. *Place and Placelessness*. Londres: Pion.
- Sack, Robert. 1986. *Human Territoriality: its Theory and History*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Santos, Milton. 2000. *La naturaleza del espacio: técnica y tiempo, razón y emoción*. Barcelona: Ariel Geografía.
- Santos, Milton. 1996a. *Metamorfosis del espacio habitado*. Barcelona: Oikos-Tau.
- Santos, Milton. 1996b. *De la totalidad al lugar*. Barcelona: Oikos-Tau.
- Santos, Milton. 1996c. *Técnica, espaço, tempo: globalização e meio técnico-científico informacional*. Sao Paulo: Hucitec.
- Sauer, Carl. 1956. The Education of a Geographer. *Annals of the Association of American Geographers* 46 (3): 287-299.
- Schaefer, Fred. 1953. Exceptionalism in Geography: a Methodological Examination. *Annals of the Association of American Geographers* 43(2): 226-249.
- Semple, Ellen. 1911. *Influences of Geographic Environment on the Basis of Ratzel's System of Anthro-Geography*. New York: Henry Holt & Co.
- Smith, Neil. 1993. Homeless/Global: Scaling Places. En *Mapping the Futures: Local Cultures, Global Change*. Ed. J. Bird, B. Curtis, T. Putnam, G. Robertson y L. Tickner, 87-119. London: Routledge.
- Smith, Neil. 1984. *Uneven Development: Nature, Capital and the Production of Space*. Oxford: Basil Blackwell.
- Soja, Edward. 1989. *Postmodern Geographies: the Reassertion of Space in Critical Social Theory*. London: E. Verso.
- Soja, Edward. 1996. *Thirdspace: Journeys to Los Angeles and Other Real and Imagined Places*. Oxford: Blackwell Publishers.
- Tuan, Yi Fu. 1971. Geography, Phenomenology and the Study of Human Nature. *The Canadian Geographer* 15 (3): 181-192.

- Tuan, Yi Fu. 1975. Images and Mental Maps. *Annals of the Association of American Geographers* 65 (2): 205-213.
- Tuan, Y. 1976. Humanistic Geography. *Annals of the Association of American Geographers* 66 (2): 266-276.
- Tuan, Yi Fu. 1977. *Space and Place: the Perspective of Experience*. Minnesota: Minnesota Press.
- Tuan, Yi Fu. 1990. *Topophilia: a Study of Environmental Perception, Attitudes, and Values*. New York: Columbia University Press.
- Unwin, Tim. 1995. *El lugar de la geografía*. Madrid: Cátedra, serie Geografía Menor.
- Watts, Michael. 1983. *Silent Violence: Food, Famine, and Peasantry in Northern Nigeria*. Berkeley: University of California Press.
- Wheaton, William. 1998. Land Use and Density in Cities with Congestion. *Journal of Urban Economics* 43 (2): 258-272.